

Bus Ultra



C A B E Z A **RE** T O N A
Oleo de **EUGENIO** C A R R I E R E

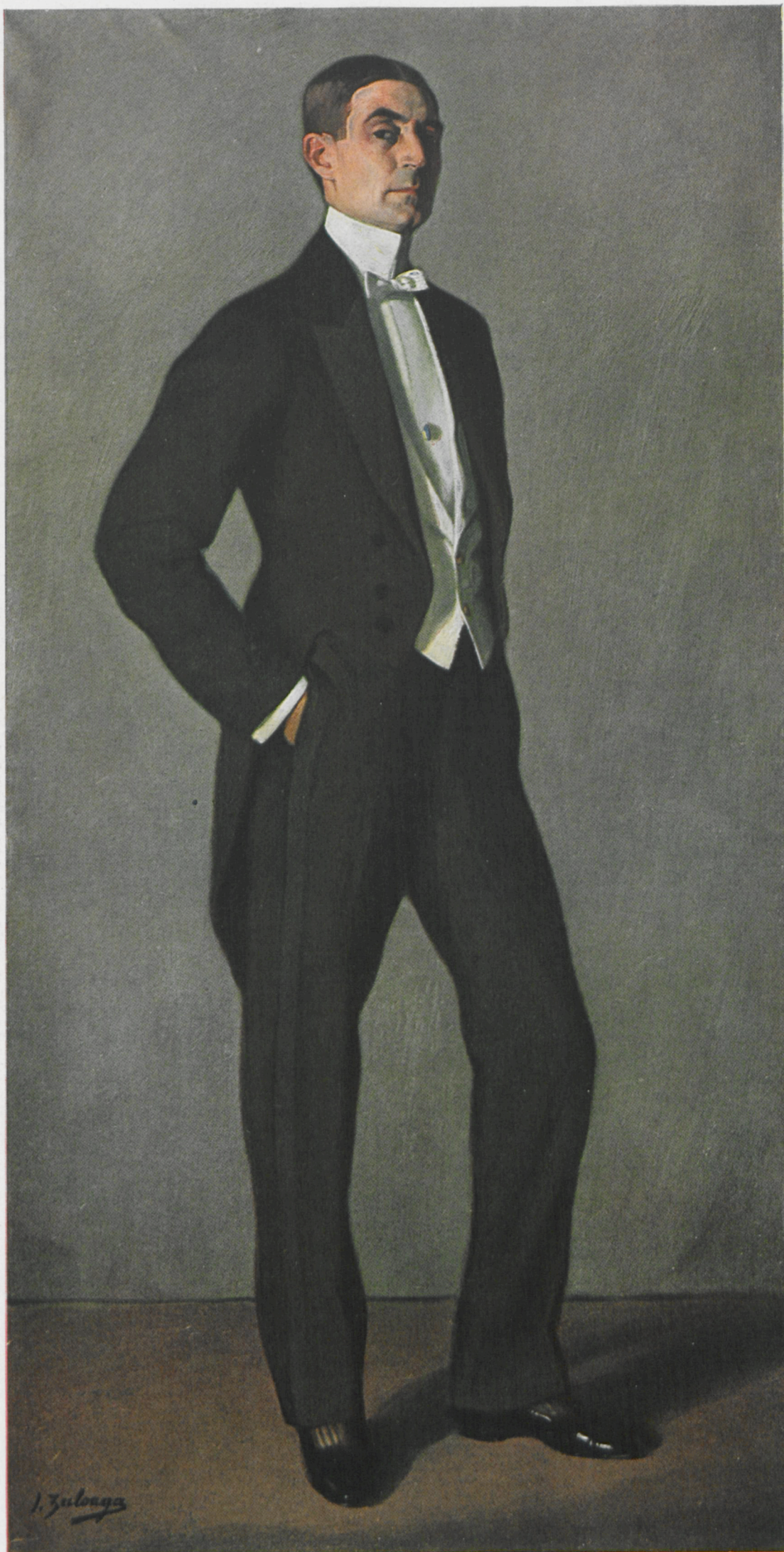
Propiedad de la Srta. Silomena Gallo de Sempurín



Plus & Ultra

AÑO V
NÚM. 47

BUENOS AIRES
MARZO DE 1920



Retrato de
Don Carlos
Reyes

Propiedad de
Don Carlos
Reyes

OLEO DE IGNACIO



ZULOAGA



LOS PESCADORES POR FEDERICO GANNA



A noche caía rápidamente sobre el lago Tiberiades; millares de estrellas resplandecían ardientes en el cielo negro y se reflejaban temblorosas en las aguas. Una tenue claridad blan-

quecina coronaba como un nimbo pálido las sombrías y boscosas montañas del Hermon, de Cafarnaum y de Betsaida; y una fresca brisa cargada con los penetrantes aromas del azahar, de los tamarindos y de las hierbas silvestres venía de lo alto de las colinas.

En la calma profunda del anochecer, escuchábanse tan sólo los plañideros balidos que se escapaban de los apriscos, el lento y acompasado rumor de los remos de alguna barca pescadora que surcaba el lago, el sordo cuchicheo de las olas mordiendo las riberas.

En una playa estrecha y arenosa, hacia las márgenes de las tierras de Filipo, frente a Magdala y Tiberiades, había algunos hombres reunidos alrededor de una fogata. No lejos de ellos veíase, emergiendo de los cañaverales de la orilla, la negra silueta de una barca.

Los rojizos resplandores del fuego iluminaban los rostros atezados y curtidos por la intemperie de aquellos hombres, sus robustos cuerpos cubiertos de pieles de carnero y de andrajosas y desgarradas túnicas de telas groseras. Casi todos eran jóvenes, y, a juzgar por las redes que estaban tendidas a sus lados, pescadores de aquellos contornos. Hablaban en voz baja con rápidas frases, como consultando unos con otros algo grave que los preocupaba extrañamente, mientras iban tendiendo, al calor del fuego, trozos de carne de pesca. De pronto uno de ellos, hombre de frente estrecha y gruesas facciones, que permanecía con la mano en la mejilla y la mirada perdida en un punto indefinido, dijo con voz áspera y breve, en la que vibraba una sorda irritación, volviendo el rostro a sus compañeros:

—¿Por qué lo persiguen siempre? Todos dicen que es el hijo de David, el Rabí verdadero, el que nosotros los pobres esperamos desde hace tantos años. ¿Qué mal les hace? ¿No resucitó a la hija de Jairo, no ha sanado a los ciegos de nacimiento, a los leprosos, no nos ha cumplido lo que nos dijo aquella mañana cuando nos llamó en Betsaida?

—Andrés—dijo otro de los pescadores, cuya cabeza principiaba a encanecer—¿tú no sabes de esto porque no has estado en Jerusalén? Lo persiguen porque allá, en la Sinagoga, les ha dicho que de nada servían las abluciones; que era necesario principiar por lavarse los pecados! ¡No lo entienden, no quieren entenderlo; lo persiguen porque arrojó a los mercaderes del templo, porque ellos no pueden hacer milagros!...

—Sí, Pedro, dices verdad; lo persiguen porque le tienen envidia—terminó el que antes había hablado clavando su mirada ardiente en el fuego.

Un adolescente de negros ojos dilatados, en los que brillaba un intenso resplandor, dijo entonces con voz baja inclinándose al oído del que llamaban Andrés:

—Yo estaba presente en Cafarnaum cuando vino el centurión a pedirle que le devolviese la salud a su hijo. ¡Cómo brillaba su rostro de alegría cuando le dijo que se fuese a su casa y allá encontraría lo que había venido a buscar! ¡Con qué sonrisa nos dijo: «Ha tenido fe, y por eso ha sido escuchado.» ¡Y desde entonces yo lo sigo!...

—Sí, Juan, tenemos que seguirlo hasta el fin de nuestra vida, dijo Pedro alzando lentamente los ojos al cielo.

Y Andrés agregó con voz ahogada, como hablándose a sí mismo:

—Desde que estoy con él me parece que no sintiera ni el hambre, ni el frío, ni la sed; todo es alegría para mí. En la casa de mi padre, cuando todos hablan, no puedo escuchar lo que dicen porque sólo pienso en él. A veces, cuando estoy solo, de noche, en la barca, me parece que lo veo venir hacia mí en la oscuridad, como si estuviera vivo... ¡Qué extraño es todo eso!...

Mientras Andrés hablaba así, le escuchaban todos absortos como bebiendo ávidamente sus palabras: sólo Pedro se había cubierto la frente con las manos pareciendo meditar al mismo tiempo que escuchaba.

Por fin alzó el rostro, donde brillaban las lágrimas, y dijo con voz temblorosa:

—¿Cómo ha cambiado todo para nosotros ahora!... ¡Antes de conocerle éramos como ciegos que íbamos a tientas, llenos de temor y de tristeza! Y ahora... Ahora tenemos ojos para verle, manos para ayudarlo y pies para seguirle. Aun me parece verle aquella noche aquí en el lago... ¡Con qué majestad terrible avanzaba, rodeado de luz y de rayos sobre las aguas, en medio de la tempestad! ¡Qué éramos nosotros, qué el mar y el cielo ante aquella grandeza!... Aun me parece escuchar aquellas palabras que nos hicieron estremecer, cuando me llamó y yo fui hacia él sobre las olas. Jamás me olvidaré cuando me levantó hacia sí de entre las aguas, con una inmensa fuerza, y me dijo: «Hombre de poca fe, ¿por qué has temblado?» Desde ese instante ya nada temo sobre la tierra; mi cuerpo, mi alma, mi vida son suyos para siempre.

Mientras Pedro hablaba, los demás guardaban silencio e inclinaban la cabeza absorbidos por el recuerdo del milagro.

De pronto se estremecieron; rápidas pisadas resonaban hacia el lado de las colinas. Una figura alta y blanca avanzaba hacia los pescadores. Todos la contemplaban con temerosa mirada. Un hombre joven aún, vestido con una blanca túnica de paño burdo orlada de azul, estaba frente a ellos; una especie de turbante de lino atado a la frente cubría la cabeza poblada de largos y ensortijados cabellos castaños, que le caían a la espalda y sobre el pecho. En su rostro moreno y enflaquecido resplandecían intensamente sus grandes ojos tenebrosos que irradiaban la tristeza, la zulzura y el ensueño. Una corta barba nazarena, de ese tinte rojizo que suele tomar el cabello expuesto siem-

pre a la intemperie, rodeábale el óvalo de la cara; en sus labios entreabiertos había una expresión grave, misteriosa, llena de melancolía y de bondad. De pie frente a los pescadores, parecía interrogarlos... Y de pronto les dijo con una voz clara y musical, serena y firme:

—¿De qué hablabais?

Tardaron un instante en responderle, como consultándose con la mirada, y por fin Pedro dijo con voz apagada:

—De vos, Maestro; de los milagros. Nos preguntábamos por qué os perseguían siempre.

El, mientras Pedro hablaba, sonreía dulcemente, como si supiese todo aquello; por fin, agregó:

—¿No sabiais entonces que nadie es profeta en la tierra en que ha nacido?

Después de estas palabras envolvió a todos en una larga mirada dolorosa y profunda impregnada de compasión y de ternura, y se sentó no lejos de ellos mirando el lago que estaba al frente. Incluyó la cabeza sobre el pecho, y pareció abismarse en su reflexión.

Los pescadores habían callado; contemplaban con los ojos agrandados y una expresión de vaga angustia pintada en los semblantes la inmóvil figura del Maestro que meditaba. Al frente las negras aguas del lago teñíanse poco a poco de largas franjas de una luz blanca y movediza, que daba a las olas, al esparcirse, un siniestro color violáceo; la luna roja y enorme subía lentamente tras de las montañas de Gerghesa.

De pronto el Maestro alzó la cabeza volviendo de su abstracción; y, como si hablara consigo mismo, murmuró suavemente:

—¿Cuál será la virtud más grata a los ojos del Señor?

Después clavó su mirada penetrante e interrogadora en los pescadores...

Ellos guardaban silencio; meditaban, al parecer, sobre aquella pregunta.

Por fin, Pedro dijo:

—Maestro, ¿os acordáis de la mujer cananea?

—Ella vino a vos en demanda de la salud de su hijo, y vos la rechazasteis una vez. Volvió nuevamente, y con lágrimas os suplicaba que la atendierais; nosotros os pedimos que la escuchaseis y nos contestaste: *Yo no soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel*. Por fin llegó hasta vcs. Aun la veo a vuestros pies, cuando en medio de los sollozos os pedía que la socorrierais y vos nada decíais. Después le dijisteis: *Aguarda que se sacien los hijos. No parece bien tomar el pan de los hijos para dárselo a los perros*. Y ella os contestó: *Es verdad, Señor; pero a lo menos los cachorrillos comen debajo de la mesa las migajas que dejan caer los hijos*. Y entonces, vos, que queríais probar su virtud, le dijisteis al fin: *¡Oh! mujer, grande es tu fe; hágase como lo deseas*. Y su hijo se salvó.

Esa mujer tenía la fe y la humildad, Señor.

Después de este relato, el Maestro callaba contemplando embebecido, al parecer, la claridad de la luna que rielaba en las in-

quietas olas del lago. Andrés dijo entonces:

—Señor, yo conocí a un hombre de Idumea que tenía muchos rebaños y dinero. Como en nada trabajaba, por ser grande su fortuna, sólo pensaba en gozar de la vida y en divertirse. Una vez, un hombre pobre que estaba inválido para el trabajo y no tenía cómo alimentar a su mujer enferma, corrió a su encuentro pidiéndole, con grandes lamentos, que lo socorriese. Entonces el hombre sacó varias monedas y se las dio. Pasó el tiempo; y una vez que el hombre rico estaba poseído del vino, tuvo una gran riña con uno de sus compañeros, y, sacando del cinto un puñal, se lo hundió en el corazón a su adversario. Después huyó. El pobre había presenciado oculto la reyerta, y entonces fué donde yacía el cadáver, tomó el cuchillo, que estaba clavado en el pecho del muerto, guardólo entre sus vestidos y se tiñó de sangre la túnica. Al día siguiente lo tomaron los soldados; y como confesara que él había sido el asesino, fué crucificado y murió en los tormentos sin decir una palabra. Maestro, ¿qué decir de la virtud de ese hombre?

Jesús guardaba silencio. Y Juan dijo:

—Había una vez en Fenicia un comerciante que traficaba en telas de seda y de púrpura. Mucha era su fortuna, y se creía feliz. Una vez tuvo que hacer un viaje a Tiro para traer mercancías. Su esposa y gran número de amigos fueron a despedirlo a la orilla del mar con grandes demostraciones de tristeza; pero la esposa alegrábase en el fondo de su corazón por el viaje, porque no lo amaba y deseaba quedar libre de él, y los amigos sólo lo querían por su dinero. La tarde estaba fría y tempestuosa, el mar agitado y sombrío. Cuando, por fin, se embarcó en el esquife que debía llevarlo al navío, todos se retiraron rápidamente. En la playa desierta sólo quedó, mirando el mar y el buque que se perdía entre las olas, el perro fiel de la casa, en quien nadie había reparado. Las olas habían crecido, y un furioso viento de tempestad agitaba las aguas. Ya la noche había caído, cuando el perro se lanzó de lo alto de las rocas al mar para seguir a su amo, a quien creyó en peligro de perecer. Pero la tempestad fué en aumento; el cielo se puso negro, y el animal siguió siempre en la oscuridad, sobre el mar, luchando con las olas que lo llevaban siempre lejos de la orilla. Al fin sus fuerzas se agotaron y pereció sin que su amo supiese jamás que había muerto por salvarlo.

Juan guardó silencio clavando en el Maestro su mirada que interrogaba... Entonces Jesús volvió lentamente su rostro triste y severo hacia los pescadores y, posando en ellos la mirada de sus ojos profundos, húmedos de lágrimas, dijo: He ahí la abnegación ignorada y, a veces, estéril, de los humildes, de los inocentes y los pobres, que son caros al Señor. Y sus palabras resonaron claras y armoniosas en el dulce silencio de la noche.

Ya la luna había salido por completo tras de las colinas, y su gran disco rojizo vagaba en la atmósfera dorada y vaporosa, iluminando todo el valle de Galilea.

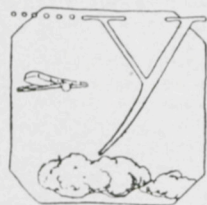
ILUSTRACION

DE

SIRIO



ALMONACID



Y parpadearon las estrellas como pupilas absortas ante el prodigio: en medio de la noche, arriba de las cúspides, bajo el cielo que tendía sobre el cuadro la suntuosidad tenebrosa de sus ropajes, gruñó de pronto el pájaro de acero. Iba horadando las sombras, rumbo a Chile, solo y nictálope, alumbrados los flancos por dos focos de luz, alto como un ensueño, recto como una intención y dominando las crestas, cuyas nieves debieron adquirir para el viajero la vaguedad de sudarios flotantes al verlas blanquear entre la negrura desde la eminencia de su osadía...

A sus pies, la noche se multiplicaba en la profundidad de los abismos; y allá lejos, delante de sus ojos, el océano dilataba la plata bruñida de sus aguas. Las manos del nauta se crispaban en el volante como dos garras y sobre su pecho bramaban los vientos como una protesta. Ni el mar, con ser él, hacía llegar hasta sus oídos la balumba de sus olas. Iba volando en los dominios del Silencio el héroe argentino, rimando con los del motor los golpes firmes de su gran corazón, plegado el entrecejo en el gesto de la mirada suprema, entreabierta la boca por la ansiedad y balanceándose entre la muerte que estaba debajo y la gloria que relampagueaba adelante... Tuvieronlo por un astro nuevo los cóndores desde sus nidos; y a la fulgencia de sus dos focos de luz contestaron las cumbres con una refracción de nieves iluminadas. En alguna roca agravada por las sombras, a solas con la cría dentro

de su vivienda de piedra, se estremecieron de inferioridad algunas alas; y hubo un momento en que el hombre pudo pensar con razón que arriba de sí mismo no estaba sino Dios. Y cuando, ya transpuesto el trágico hacinaamiento de cumbres y abismos, puso proa al suelo, en la etapa final de la proeza consumada, tuvo la sensación de que él subía mientras el ave bajaba, que para estos buscadores de gloria sólo se asciende cuando se la alcanza...

Era la hazaña que podía esperarse de quien habíase graduado ya de rastreador del espacio durante la noche tres veces lóbrega de la tragedia reciente. Rastreaba, en efecto, los espacios este hijo de La Rioja, de donde, al decir de Sarmiento, es oriundo el *rastreador*. Y sabe Dios por virtud de qué atavismo misterioso el descendiente repetía en cielo y tierra la extraordinaria destreza que caracterizó a sus antepasados.

Oculto en las sombras, conducía, en los primeros meses de la guerra, a un oficial de ingenieros hasta el campo alemán; lo dejaba allí para que cumpliera su misión de tomar notas y levantar planos, y a la noche siguiente volvía a buscarlo. Debía llegar al sitio convenido en la plenitud de la tiniebla, matemáticamente, sin perder tiempo en investigaciones que habrían podido denunciar su presencia, recogerlo y regresar...

Y ni una sola vez falló su ojo milagroso; ni una sola vez dejó de asentarse en el lugar preciso y a la hora convenida!



Y una tras otra fueron cayendo sobre su pecho, como estrellas cazadas por él en las noches terribles, las condecoraciones que lo recubren, alguna de las cuales sólo está, además, en la chaquetilla de Foch... Y Francia, cuyos brazos le resultan escasos a ella misma para amparar a sus hijos propios, halló el medio de estrechar entre ellos al hijo ajeno y le acordó el grado más alto que según sus leyes es posible discernir a un extranjero dentro de las filas de su ejército, el grado clásico de capitán, el que significaba en los antiguos tiempos el más alto de todos y con el cual, en el escalafón de nuestras admiraciones retrospectivas, seguimos designando a aquel varón de bronce que también anduvo por los Andes para buscar desde arriba pueblos oprimidos y bajar a libertarlos...

Después, en la proeza de todos los días, de todas las noches, de todas las horas, el graduado por Francia fué digno de su patria y de la Francia: ahí estaba siempre su pecho abierto al peligro, sin mezquinarse ni desviar el rostro, de cara al abismo, a la metralla, al horror; ahí estaba el hombre sereno y terrible, tardo en el decir como buen riojano, amigo de trepar como buen hijo de las montañas y dado a rastrear estrellas como buen soñador y buen romántico; ahí estaba él con su cara barbilampiña de adulto pensativo, su alta frente y sus ojos profundos; ahí estaba con su carga preciosa de anterioridades argentinas, seguro de que no le sería posible desviarse de la gloria sin renegar primero de los abuelos que la cultivaron en un huerto tan grande como para empezar en el Estrecho y acabar en el Alto Perú...

Los héroes son siempre frutos lógicos del medio moral que los produce. Así también las cumbres no son sino resultados de un estremecimiento de la tierra que las sustenta. Estas, lo mismo que aquéllos, son la consecuencia de una convulsión de la entraña. Fuera tan absurdo el hecho de un héroe surgiendo de un medio impropio al heroísmo, como el de una rosa floreciendo en un arenal. Existe entre hombres tales y el suelo donde se forman una relación de fruto a raíz...

Podemos, pues, sentir colectivamente el orgullo que parece no turbar al capitán riojano. Y podemos pensar sin jactancia que, de raíces tales, era de esperarse una maduración semejante. Llevaba en el fondo de su alma, cuando se echó a andar hacia los campos de la tragedia, la conminación formidable del heroísmo aborígen.

Sabía bien de aquellos centauros nuestros que cruzaron desiertos, vadearon ríos, escalaron montañas y engendraron repúblicas; de aquellos duros mancebos de la epopeya, cuyos pechos habían adquirido redondeces de coraza y cuyas manos se crispaban sobre las empuñaduras de altas tizonas; de aquel torbellino glorioso que irrumpió en la plaza Mayor de una aldea, se esparció como un vendaval hacia el norte, trepó a los montes vecinos para irradiarse por occidente y no detuvo su marcha hasta no comprobar, atisbando desde la eminencia más alta de la cordillera, que no quedaba en América un solo dogal más...; sabía de aquella homeriada inverosímil que improvisó generales y almirantes en la tosca materia prima de los muchachos de la raza, y de aquel jefe augusto que se eliminó después de la victoria, temeroso de que la presencia de un general afortunado pudiese empañar el cristal de una democracia en ciernes; sabía, en fin, de su patria y de su historia...

Y así fué que llegó a los campos de Francia el mancebo argentino. Y así fué que ocupó su sitio y aceptó el lugar donde lo pusieron los de allá, como quien emplazara en el peligro un obús cargado de gloria...

Cuando se le interroga sobre las hazañas pasadas, responde con evasivas y medias palabras. Elude hablar de sí mismo, como todos los que comprenden que esa tarea corresponde a los otros, pues que para eso se ha hecho lo que se hizo. Apenas si le han oído referir que cierta vez que no pernoctó en la aldea donde estaba destacado, la aldea voló toda entera bajo un ataque del enemigo.

— Si esa noche — agrega — yo hubiese dormido allí, no habría habido hazañas posteriores, ni condecoraciones, ni héroe...

Y así, supeditándolo todo a las contingencias caprichosas del destino, demuestra su acatamiento a este último y su convicción de que en la guerra, como en la paz, el éxito depende muchas veces de circunstancias ajenas a la voluntad de quien lo alcanza, sometida como está en todo momento la criatura humana al capricho de la buena o mala fortuna y a las mil variaciones de la diosa versátil por excelencia.

Tiene — eso sí — el sentido cabal de lo que significan sus condecoraciones y su incorporación al ejército francés. Francia no quiso nunca ser madre de otros hijos que de los propios. Verdad es que en los últimos tiempos y en distinto campo adoptó a Heredia y a Moreas; pero no olvidemos que aquél y éste pensaron y escribieron siempre en francés y no tenían de extranjeros en Lucea sino el hecho material del nacimiento en otras tierras. El ejemplo de Garibaldi entrando al parlamento de Francia por la puerta victoriosa de Dijón y escuchando de labios de Victor Hugo y Luis Blanc la defensa de su diploma de diputado electo por Argelia, es un episodio demasiado único para citarlo en contra de aquella afirmación.

Francia ha sentido siempre el egoísmo supremo de su maternidad; y su seno — digámoslo — no fué nunca dado a brindarse a los frutos de otras madres. Es fácil por eso presumir qué prejuicios ha debido romper Almonacid para recoger allí su cosecha de laurel, ostentar sus galones y recibir sus cruces... Es que en la hora roja y torturante, vieron con asombro cuánto era de eficaz aquel heroísmo, y cómo esa calma imperturbable, engarzada en la mentalidad de un técnico de alto vuelo, engendraba una fuerza capaz de producir más glorias para la Francia. Viéronlo mil veces batirse en los aires, sosteniendo a pura pericia el equilibrio de su ave mal herida, astuto y terrible, certero en la puntería, feliz en el cálculo, rápido en la iniciativa, sonriente ante el abismo... Y Francia, la gran madre de sus hijos, y sólo de sus hijos, sintió dos veces estremecido su corazón por la gratitud y el asombro; y acallando aquél su egoísmo magnífico de siempre, madre esta vez del hijo de nosotros, abrió para él sus amplios brazos heroicos, lo ungió capitán y derramó sobre el pecho del ave de la noche una constelación de estrellas...

La sensación de estas realidades ha sido recogida netamente por nuestro pueblo. Ve pasar a su capitán como a una síntesis viviente de sí mismo, de su pasado y de su futuro, como al fruto radioso de su alma propia, de su culto del ideal, de su amor a las cosas del ensueño, de sus ansias de elevación.

Encuentra lógico que un nieto de la epopeya se gradúe de héroe, y adivina cómo y cuánto el tipo habría de multiplicarse si sonara alguna vez para la república la hora del clarín...

Podrá no tener patria el heroísmo a fuerza de haber héroes en todas las tierras; pero esa parsimonia ante el peligro, esa calma ante la muerte, esa fe en la astucia nativa y, sobre todo, esa gran modestia para juzgar las propias proezas... eso se le antoja hondamente argentino al pueblo que aclama a su capitán, de vuelta de su gran noche estrellada, plateado por los astros y como ebrio de luna... Ve en estos hombres — Almonacid, Candelaria, Bradley, Zuloaga, Zanni, Parodi — verdaderos exponentes de la raza, chispas del incendio interior, fuegos de la hoguera madre, rayos del sol aquel; y experimenta en ellos el orgullo de sí mismo.

Piensa que ya antes de ahora habíamos llevado a Europa nuestros productos, nuestro trigo, nuestra carne, nuestras lanas; que ya le habíamos enviado también expresiones de nuestro cerebro, y que tal cual vez la admiración del viejo mundo habíase tendido como un homenaje insospechable al pie de algún hombre de estas tierras. Faltaba, empero, hacerle conocer los quilates del alma de la raza. Y he aquí que Almonacid la ha paseado sobre su cielo, para que la viesan todos...

Capitán; señor de la noche; baqueano del espacio; cazador de estrellas... es fuerza oír una palabra severa. He aquí esa palabra: quien se ha graduado de Héroe en tierra extraña y en un momento de la historia humana en que se jugaban los destinos del mundo y era permitido a un hombre excepcional dejarse envolver por la pasión y jugar su vida en la demanda; quien ha sido actor en el drama más grande que registran los siglos vividos de la vida universal; quien ha podido recoger, desde el lomo de su ave milagrosa, todo el hervor de la inmensa hoguera, encendida como una ironía trágica en medio del siglo de la luz; quien ha tenido, en fin, la honra insigne de ser consagrado Héroe por la mejor porción de humanidad que palpita en el universo... no tiene derecho de convertirse en *sportsman* y arriesgar de nuevo su vida en aventuras de tal jaez: por deberse a sí mismo y a su pasado, ese hombre se debe totalmente al futuro y a su patria, dos cosas anteriores y superiores al *sport*.

Y ahora, dichas estas palabras graves con toda la autoridad de la emoción sincera que las inspira... la venia, capitán.

B E L I S A R I O R O L D A N

PLUM VLT
EN
ITALIA



CAPRESE, EL PUEBLE-
CITO DONDE NACIÓ EL
GENIAL ARTISTA.

MIGUEL ANGEL

BUONAROTTI



UANDO por la primera vez contemplé en silencio, durante más de una hora, el célebre Moisés, de Miguel Angel, me propuse visitar como en un religioso peregrinaje la modesta casa donde nació el divino Buonarrotti.

He cumplido mi propósito después de transcurrir casi... una veintena de años, pero ahora me siento más satisfecho, no obstante los 50 kilómetros recorridos en coche para llegar hasta Caprese, con el objeto de ver la casa del mago del buril y del pincel, y la humilde y rústica iglesia en que fué bautizado.

Caprese es un pueblo minúsculo, pintoresco, que se eleva a 650 metros sobre el nivel del mar, entre espesos bosques, ricos en torrentes y arroyuelos de agua fresca y pura. No existe un hospedaje, una fonda, por cuya causa he tenido que pedir hospitalidad a la maestra elemental del pueblo. Los habitantes son laboriosos y pacíficos. El antiguo blasón de Caprese lo constituye una cabra que se levanta apoyada en las patas posteriores. En Caprese no existen cabreros, porque son las mujeres las que se dedican exclusivamente a conducir las cabras a pacer. En esa ocasión llevan un típico manto rojo escarlata, curiosísimo.

La casa de Miguel Angel es de piedra, sin revocar; en la pared exterior se ven, enlazadas, algunas de las armas de los Podestá, que gobernaron siglos ha en Caprese. Uno de éstos fué precisamente el padre de Miguel Angel, Ludovico Buonarrotti-Simoni, el cual se casó con Madona Francisca del Sere, que el 6 de marzo de 1474, hacia las cuatro de la mañana, dió a luz un hermoso varoncito, que luego fué bautizado en la iglesia de San Juan, con el nombre de Miguel Angel, que la gloria había de sublimar años más tarde.



RETRATO DE MIGUEL ANGEL ATRIBUÍDO A ÉL MISMO,
QUE SE CONSERVA EN LA GALERÍA CAPITOLINA.

Este niño fué el segundo hijo de los Podestá, que tenía entonces 31 años de edad, mientras su mujer contaba apenas 19. Narra una antigua historia, que Ludovico Buonarrotti, cuando fué nombrado Podestá de Chiuri y de Caprese, partió a caballo de Florencia para trasladarse a su nueva residencia. En el largo y fatigoso viaje, su mujer quiso acompañarlo también a caballo, hallándose en estado interesante muy avanzado; corrió, pues, un serio peligro cuando el caballo estuvo a punto de hacerla caer. Pero la buena suerte favoreció a la madre y al que debía llamarse Miguel Angel y ser uno de los más célebres artistas del orbe.

La casa donde nació el artista sirve ahora como palacio comunal, y los concejeros se reúnen llamados por una gran campana colocada sobre las ruinas del antiguo y famoso castillo de Caprese, que era el más hermoso y el más inexpugnable de los que existieron en el alto valle del Tíber.

Sobre la puerta de la habitación donde se cree haya nacido Miguel Angel, se ha escrito sencillamente, sobre una modestísima lápida:

*En esta humilde habitación,
el 6 de marzo de 1475,
nació
Miguel Angel Buonarrotti.*

La iglesia donde fué bautizado Miguel Angel, parece arraigada en la roca. El altar está construido sobre un muro de piedra, rústico, sin revocar, rústico como el alma pura, franca, sencilla del gran artista, acostumbrado siempre a decir la verdad, sin hipocresías y fingimientos.

Miguel Angel ha pasado a la historia como artista fenómeno; fué grande en todo: en la escultura (*Moisés*), en la pintura (*Capilla Sixtina*), en la arquitectura (*Cúpula de San Pedro*); no tuvo rivales en el arte de



LA IGLESIA DONDE FUÉ BAPTIZADO MIGUEL ANGEL.

IN QUESTA CHIESA
IL DI 8 MARZO 1475
FU BATTIZZATO
MICELANGIOLO BUONARROTI

LÁPIDA QUE RECUERDA EL BAPTIZO DEL GRAN ARTISTA.

las fortificaciones de la ciudad de Florencia. Los bastiones de San Miniato son obra suya. Miguel Angel escribió también muy buenos versos; por lo demás, le venía de familia, pues la naturaleza había dotado de una inteligencia nada común; dos sobrinos de Miguel Angel desollaron: uno como comediógrafo, y el otro como arqueólogo.

La juventud de Miguel Angel es digna de ser popularizada en las escuelas, porque todos podrían aprender alguna cosa.

Fué en la escuela del famoso Ghirlandario, donde Miguel Angel se educó. Aquél lo puso en seguida a sueldo, cosa rara en aquellos tiempos, demostrando ese hecho en qué grado se apreciaba la obra del pequeño alumno, el cual, entre otras cosas, imitaba a la perfección dibujos antiguos, manuscritos, códigos. Un día reprodujo la cabeza de un fauno. Lorenzo el Magnífico, viéndola, dijo

sonriendo: «Recuerda que los viejos no llevan todos los dientes...»

Miguel Angel, con habilidad prodigiosa, rompió en seguida un diente, trepanó las encías, por lo cual la cabeza del fauno, de cara arrugada y de boca abierta, adquirió una expresión tal, que a Lorenzo el Magnífico le pareció una obra milagrosa.

Miguel Angel suscitó siempre la envidia de sus compañeros; uno de ellos, Torrigiano, al que había criticado un dibujo, con un fuerte puñetazo le rompió uno de los cartilagos de la nariz, por cuya causa Miguel Angel quedó con la nariz un poco contusa. Cuando dirigía los trabajos de la cúpula de San Pedro, se vió obligado, por obra de los mismos envidiosos, a echar a perder a menudo lo que estaba bien, para volverlo a destruir y reconstruir según el primitivo dibujo. Escribiendo en cierta ocasión a su

amigo Vasari, decía: «Si se muriese de vergüenza y de dolor, yo no estaría vivo ciertamente.»

Pero la envidia fué algunas veces fecunda en bienes. Miguel Angel se había, en efecto, afirmado en la escultura, primeramente con un bajo relieve: *La batalla de Hércules con los centauros*, después con un *Cupido durmiendo*, con la *Piedad*, con *David*, con las famosas estatuas del *Día* y de la *Noche*, con el *Sepulcro de Lorenzo* y de *Julián de Médici*.

Bramante, émulo de Miguel Angel y gran amigo de Rafael, ideó un diabólico plan para poner en apuros a Miguel Angel: hacerle dar un gravoso encargo de arte pictórico, de modo que se evidenciara y fuese conocida la inferioridad de Miguel Angel. El papa Julio II, en efecto, a insinuación de Bramante, encargó a Miguel Angel

de pintar los frescos de la Capilla Sixtina, y, aunque el escultor le rogó encarecidamente, no consiguió libertarse de la difícil tarea. Viendo que era imposible toda ulterior defensa, se encerró en la Capilla Sixtina, preparó sus famosos cartones con los bosquejos de las figuras, hizo venir desde Florencia a pintores amigos, pero la obra que éstos realizaron no era lo que Miguel Angel esperaba de ellos. De carácter brusco y decidido, borró todo lo que los otros habían hecho, se encerró dentro de la capilla, no respondió a las réplicas y a los furibundos golpes de los amigos que, después de repetidas e inútiles tentativas, tuvieron que regresar a Florencia; y se puso a la obra solo, moliéndose él mismo los colores y haciendo el dibujo de una armadura de madera sobre ruedas deslizables, que fué el primer ejemplo de ese género y



CAMPANA DEL CASTILLO DE CAPRESE.

EL SENCILLO ALTAR DE LA HISTÓRICA IGLESIA.

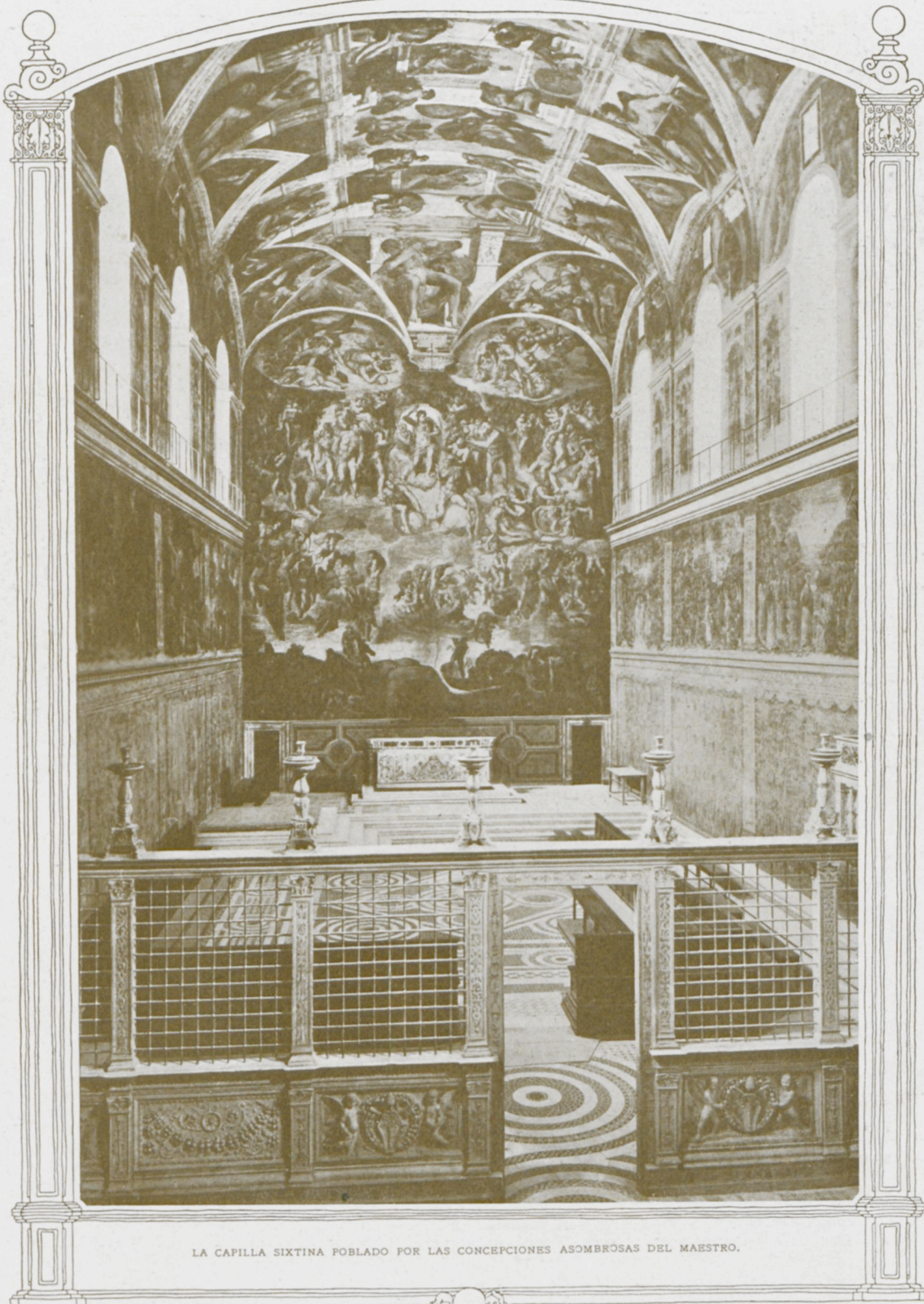
UNA PAISANA DE BUONARROTI.

que sigue usándose hasta hoy. La Capilla Sixtina le costó veinte meses de penoso trabajo; a fuerza de mirar hacia arriba se echó a perder la vista de tal manera, que por mucho tiempo no pudo leer ni mirar los dibujos sino colocándolos en alto.

El *Juicio Universal* fué juzgado severamente por su desnudez, pero habría carecido de sentido si se hubiese vestido a los condenados. Faltó poco para que Pablo IV no hiciese pasar por encima de aquél una mano de blanco, y para evitar el ejemplo, al pintor Daniel de Volterra se le encargó de recubrir de paño algunas partes; por eso su trabajo fué apodado *Brachettone*.

El papa Pablo IV se decidió un día a ver el *Juicio* cuando ya estaba casi terminado, y preguntó su parecer al cardenal que le acompañaba (Maestro Blas Da Cesena). Este respondió que no era obra para capilla de un papa, pero sí para una hostería. Miguel Angel, en venganza, en seguida que se alejó lo retrató de tamaño natural, en el infierno, en la figura de Minos, con una gran serpiente que le ceñía el pecho y circundado por una turba de demonios. Al tener conocimiento Maestro Blas de la mala partida que le había jugado Buonarrotti, hizo toda clase de gestiones para que lo quitasen del aquel sitio, y como nada obtuviese de Miguel Angel, se dirigió al papa quien, burlonamente, le contestó: «Si el pintor te hubiese colocado en el purgatorio, habría hecho toda clase de esfuerzos por complacerte; pero como te ha puesto en el infierno, es inútil que tú recurras a mí, porque allí *nulla est redemptio*.»

También Pablo IV, informado por Blas da Cesena, fué a contemplar los desnudos del *Juicio Universal*, y decía con frecuencia que era necesario cubrir ciertas figuras. Al saberlo Miguel Angel, respondió:



LA CAPILLA SIXTINA POBLADA POR LAS CONCEPCIONES ASOMBROSAS DEL MAESTRO.

«Decid al papa que ésta es una pequeña obra, y que fácilmente se puede arreglar; que él arregle el mundo, que las pinturas se arreglen pronto.»

De las frases agudas y satíricas de Miguel Angel se cuentan por centenares, y Vasari nos proporciona una buena cantidad de ellas. Así, a un pintor que le pidió su opinión sobre una *Piedad* pintada no muy bien le respondió que «era verdaderamente una piedad el verla», y a Baccio Bandinelli, que habiendo ejecutado la copia del grupo del Laoconte jactábase de haber superado en perfección al original, le dijo: «Recuerda, Baccio, que quien va detrás de otros, jamás logra pasárselos, y quien no sabe hacer bien por sí mismo, no podrá servirse bien de las cosas de los demás.»

Interrogado por qué cierto pintor, al ejecutar un cuadro, mientras había conducido a perfección un buey, había hecho mal todo el resto, respondió: «Cada pintor retrátase bien a sí mismo». Otro juicio le merecían las puertas de San Juan, de Florencia, de las que solía decir que eran tan bellas que «estarían bien como puertas del Paraíso»; y, por último, sin citar otras, recordaremos la agudísima respuesta, y, para decir mejor, sentencia, que dió a aquellos que le preguntaban su parecer sobre una obra de un pintor que para componer su cuadro había plagiado varios sujetos de diversos autores: «Bien hecho — sentenció Miguel Angel —, pero yo no sé el día del juicio, en que todos los cuerpos tomarán sus miembros, cómo hará esa historia que no quedará nada de ella.»

Miguel Angel fué de una frugalidad y parsimonia verdaderamente ejemplar. Cuando joven, para atender mejor a su trabajo, pasaba el día entero alimentándose de un poco de pan y con muy poco vino, y refocilándose parcamente solo por la noche, después de haber ter-



CREACIÓN DEL HOMBRE, UNA DE LAS MEJORES COMPOSICIONES MIGUELANGELESCAS.

CREACIÓN DE LA MUJER, DIGNO "PENDANT" DEL ANTERIOR FRESCO.



EN LA BÓVEDA DE LA CAPILLA SIXTINA VIVEN ESTAS CABEZAS
CON UNA ENERGÍA HUMANA Y SOBREHUMANA AL MISMO
TIEMPO. SON MUCHAS, Y, SIN EMBARGO, LA EXPRESIÓN
DE ESOS ROSTROS Y LAS ACTITUDES
DE ESOS CUERPOS NO SE REPITEN.

minado la jornada. Ese mismo sistema lo tuvo también en su vejez, con la diferencia que abolió completamente el vino, y los frascos que de vez en cuando le enviaba desde Florencia su sobrino Leonardo, concluían todos por pasar a poder de los amigos con los cuales les obsequiaba, o en tomar el camino del Vaticano, dirigidos al papa Pablo III, de báquica memoria.

Si bien era rico, y por decir mejor, enriquecido por mérito de su propio trabajo, Miguel Angel vivió siempre una vida modestísima y laboriosa; con frecuencia se levantaba de noche para trabajar a la luz de una vela que acostumbraba a colocar sobre su misma cabeza, para poder tener la luz que necesitaba, sin impedimento de las manos.

No ha faltado quien creyera que Miguel Angel era un avaro, pero para convencerse de lo contrario, basta leer sus cartas, y así se enteraría de los centenares de escudos que enviaba desde Roma a su sobrino de Florencia, para que fuesen distribuidos, especialmente en los inviernos más calamitosos, entre las familias pobres, con la orden expresa de no decir jamás quién los mandaba.

Miguel Angel tuvo una *trouata* atroz para la crítica envidiosa. Hizo una estatua, le rompió un brazo, que escondió; después sepultó la estatua en un lugar donde muy pronto debía construirse en él. Descubierta la estatua, fué juzgada una obra maestra del arte griego. Sólo Miguel Angel no era de ese parecer, y criticaba a la crítica. Y como todos lo cubrían de vituperios, se vió precisado a presentar el brazo roto que se ajustaba perfectamente al tronco...

Asombro y... acumulamiento de odio. Como es sabido, el famoso *David* fué ejecutado con un mármol ya estropeado por otro escultor. Mientras la obra era colocada en el

lugar que se le había destinado, Pietro Soderini, de Florencia, dijo que la nariz le parecía grande. Miguel Angel, para contentarlo, tomó el cincel y, con un poco de polvo, subió sobre el puente, y dejó caer ligeramente el polvo, pero sin tocar la nariz. El criticastro, satisfecho, dijo: «¡Miradlo ahora, le habéis dado la vida!»

Miguel Angel murió en Roma el 17 de febrero de 1563. El papa había decretado darle una rica sepultura en San Pedro, pero los florentinos reclamaron los restos. Por temor a que los romanos no quisieran entregarlos, fueron encerrados en una especie de saco y expedidos como mercadería ordinaria. Llegados a Florencia 25 días después de su muerte, fueron recibidos con grandes honores. Miguel Angel había vivido cerca de 89 años, sin haber tenido jamás una enfermedad grave, lo mismo que su padre que se había extinguido a los 92 años de edad.

Solamente una sombra de amor femenino embelleció su vida: la pasión platónica que sintiera por Victoria Colonna, virtuosísima esposa del marqués de Pescara. Tenía entonces el genial maestro sesenta y cuatro años, y medio siglo la hermosa mujer a quien él profesó un cariño religioso, cuando se conocieron. Al examinar la correspondencia cambiada entre ambos, nadie ha podido hallar un asomo de pecado. Dice Condivi que el mayor dolor de la vida de Miguel Angel fué el asistir a los últimos momentos de su amada y el no poderla besar en la frente. Escipión Ammirato testimonia que: «Habiendo vivido Buonarrotti noventa años, no ha sido posible hallar en tan largo espacio de tiempo, que daba materia a tantas ocasiones de pecado, la menor irregularidad de costumbres.»

RAFAEL SIMBOLI
Roma, Enero 31 de 1920.



LA PIEDAD, UNA DE LAS OBRAS MÁS DELICADAS DEL VIGOROSO Y TIENRO
ARTÍFICE, QUE SE VENERA EN LA BASÍLICA DE SAN PEDRO, DE
ROMA. EL CINCEL MIGUELANGELO, QUE AMABA LOS RASGOS
ATREVIDOS Y PROFUNDOS, SE SUAVIZA PARA
ESCULPIR EL DOLOR DE LA MADRE Y EL
CUERPO MARTIRIZADO DEL HIJO.





FOTOGRAFIA
PALMEROTIS

N O C T U R N O



La Pouelta ode la pesca

OLEO
D
JOAQUIN
SOROLLA





LAS CIUDADES
DEL ENSUEÑO

Tokio



RINCESA
obrero y sa-
bia, clara
Tokio: ¡tú
perfumas
nuestros en-

sueños con un hálito suave y
leve de sándalo y cerezos
en flor! Tus calles, tus jar-
dines se han formado de paí-
ses de abanicos, casitas de
biombos y palacios de tibo-
res. Tus habitantes proceden
de los makimono y de las
estatuitas de marfil. Tus lu-
nas son de plata y tu sol de
áurea purpurina. Tus casitas
de bambú y papel son para
nosotros museos, y toda tú



DESDE ATAGUYAMA
NO SE VEN LOS
TRANVÍAS NI LAS CA-
SAS ESTILO EUROPEO.



eres una enorme tienda aba-
rrotada de chucherías, reli-
quias y objetos caros.

La imaginación no te con-
cibe habitada por mujercitas
y hombreritos amarillos vis-
tiendo a la moda blanca.
Vives para ella en pleno po-
der de los samurais, bajo el
patrocinio del divino Amida.

Ninguno de los problemas
que nuestra imaginación re-
chaza en sus ensueños te agi-
tan, aunque los viajeros afir-
men lo contrario. Inmóvil,
policroma, seductora como
una acuarela de Hokusai,
nos llamas prometiéndonos
descanso, arte y placeres...



UN JARDÍN DE DONDE
FLORECEN LOS IRIS,
AUN LIBRE DE LA IN-
FLUENCIA OCIDENTAL.

O estaba dispuesto a cualquier cosa; pero no a que me dieran cloroformo. Soy de una familia en que las enfermedades del corazón se han sucedido de padre a hijo con lúgubre persistencia. Algunos han escapado, cuentan en mi familia, y según el cirujano que debía operarme, yo gozaba de ese privilegio. Lo cierto es que él y sus colegas me examinaron a conciencia, siendo su opinión unánime que mi corazón podía darse por bueno a carta cabal, tan bueno como mi hígado y mis riñones. No quedaba en consecuencia sino dejarme aplicar la careta y confiar mis sagradas entrañas al bisturí.

Me di, pues, por vencido, y una tarde de otoño me hallé de espaldas con la nariz y los labios llenos de vaselina, aspirando ansiosamente cloroformo, como si el aire me faltara. Y es que realmente no había aire, y sí cloroformo que entraba a chorros de insoportable dulzura: chorros de dulce por la nariz, por la boca, por los oídos. La saliva, los pulmones, la extremidad de los dedos, todo era náuseas y dulce a chorros.

Comencé a perder la noción de las cosas, y lo último que vi fué, sobre un fondo negrísimo, cristales de nieve.

Estaba en el cielo. Si no lo era, se parecía muchísimo. Mi primera impresión fué de que yo había muerto.

—Esto es—me dije.—Allá abajo, ¿quién sabe ahora dónde y a qué distancia, he muerto de resultados de la operación. En una infinita y perdida sala que es apenas una remota lucecilla, está mi cuerpo sin vida, mi cuerpo que ayer había escapado triunfante del examen de los médicos. Ahora ese cuerpo se queda allá; no tengo nada más que ver con él. Estoy en el cielo, vivo, pues soy una alma viva.

Pero yo me veía sin embargo en figura humana, sobre el piso blanco y pulido. ¿Dónde estaba, pues? Observé entonces con atención. La vista no pasaba más allá de cien metros, pues una densa bruma cerraba el horizonte. En el ámbito que abarcaban los ojos, la misma niebla, pero vaguísima, velaba las cosas. La luz que había allí parecía de focos eléctricos, muy tamizada. Delante de mí, a 30 ó 40 metros, se alzaba un edificio blanco con aspecto de templo griego. A mi izquierda, pero en la misma línea del anterior, y esfumado en la neblina, se alzaba otro templo semejante.

¿Dónde estaba yo, en definitiva? Por mi lado, y surgiendo de detrás, pasaban seres, personas humanas como yo, que se encaminaban al edificio inmediato, donde entraban. Y otras personas salían, emprendiendo el mismo camino de regreso. Más lejos, a la izquierda, idéntico fenómeno se repetía, desde la bruma insondable hasta el templo esfumado. ¿Qué era eso? ¿Quiénes eran esas personas que no se conocían unas a otras, ni se miraban siquiera, y llevaban todas el mismo rumbo de sonámbulos?

Cuando comenzaba a hallar todo aquello un poco fuera de lo común, aun para el cielo, oí una voz casi en mi oído:

—¿Qué hace usted aquí?—decía la voz.

Me volví vivamente y vi a un hombre en uniforme de portero o guardián, con gorra y un corto palo en la mano. Lo veía perfectamente en su figura humana, pero no estoy seguro de que fuera totalmente opaco.

—No sé—le respondí, perplejo yo mismo, mirando a uno y otro lado.—Me encuentro aquí sin saber cómo...

—Pues bien, ése es su camino—dijo el guardián, señalándome el edificio de enfrente.—Es allí donde debe usted ir. ¿Usted no ha sido operado?

Instantáneamente, en una lejanía inmemorial de tiempo y espacio, me vi tendido en una mesa, en un remotísimo pasado.

—En efecto—murmuré nebuloso.—He sido... ¡fué operado... Y he muerto.

El guardián sacudió la cabeza.

—Todos dicen lo mismo... Nos da esto más trabajo del que ustedes se imaginan... ¿No ha tenido tiempo aún de leer la inscripción?



—¿Qué inscripción?

—En ese edificio—señaló el guardián con su palo corto.

Miré sorprendido el templo griego, y con mayor sorpresa aún leí en el frontispicio en grandes caracteres de luz tamizada: SINCÓPE AZUL.

—Ese es su domicilio, por ahora—agregó el guardián.—Todos los que durante una operación con cloroformo caen en síncope, esperan allí. Vamos andando, porque usted hace rato que debía tener su número de orden.

Turbado, me encaminé al edificio en cuestión, y el guardián iba a mi lado.

—Muy bien—le dije por fin al llegar.—Aquí debo entrar yo, que he caído en síncope... ¿Pero aquel otro edificio?

—¿Aquél? Es la misma cosa, casi—se sonrió.—Lea el letrero... Nunca he visto uno de ustedes, los cloroformizados, que lea los letreros. ¿Qué dice ése? Puede leerlo bien, sin embargo.

—SINCÓPE BLANCO—murmuré.

—Así es—confirmó el hombre.—Síncope

blanco. Los que entran allí no salen más, porque han caído en síncope blanco. ¿Comprende, por fin?

Yo no comprendía del todo, por lo que el guardián perdió otro minuto en explicarme, mientras señalaba uno y otro edificio con su palo corto.

Según él, los cloroformizados están expuestos a dos peligros, independientes del de un vaso cortado u otro detalle de la operación en sí. En uno de los casos, y al inspirar la primer bocanada de cloroformo, el paciente pierde súbitamente el sentido; una palidez mortal invade el semblante, y el enfermo, con sus labios de cera y su corazón paralizado, queda listo para el entierro.

Es el síncope blanco.

El otro peligro se manifiesta en cambio en el curso de la operación. El rostro del cloroformizado se congestiona de pronto; los labios, las encías y la lengua se amoratan, y si el organismo del individuo no es bastante fuerte para reaccionar de la intoxicación, la muerte sobreviene.

Es el síncope azul.

Como se ve, la persona que cae en este último síncope tiene su vida pendiente de un hilo extremadamente fino. En verdad vive aún; pero anda tanteando ya con el pie el escalón de la Muerte.

—Usted está en este estado—concluyó el guardián.—Y allí debe ir usted. Si tiene suerte, y los cirujanos logran revivirlo, volverá a salir por la misma puerta. Por el momento espere allí. Los que entran allá, en cambio—señaló al otro edificio—no salen más; pasan de largo la sala. Pero son raros los que caen en síncope blanco.

—Sin embargo,—objeté—cada dos o tres minutos veo entrar a uno.

—Porque son todos los cloroformizados del mundo. ¿Cuántas personas operadas cree usted que hay en un momento dado? Usted no lo sabe, y yo tampoco. Pero vea en cambio los que entran aquí.

En efecto, en el sendero nuestro era un ir y venir constante de hombres, mujeres y niños, entrando y saliendo sin prisa y en orden. La particularidad de aquella avenida de seres fantasmas era la ignorancia total en que parecían estar unos de otros, y del lugar en que actuaban. No se conocían, ni se miraban, ni se veían tal vez. Pasaban con su expresión habitual, acaso distraídos o pensando en algo, pero con una preocupación de la vida normal, negocios o detalles domésticos—la expresión de las gentes que se encaminan o salen de una estación.

Antes de entrar en mi sala eché una ojeada a los visitantes del Síncope Blanco. Tampoco ellos parecían darse cuenta de lo que significaba el templo griego diluido en la bruma. Iban a la muerte vestidos de paseo, con triviales inquietudes de la vida que acababan de abandonar.

Y este mundano aspecto de estación ferroviaria se hizo más sensible al entrar en el Síncope Azul. Mi guardián me abandonó en la puerta, donde un nuevo guardián, más galoneado que el anterior, me dió y cantó en voz alta mi número: ¡341,

mientras me ponía los dedos en el hombro para que entrara de una vez.

El interior era un solo hall, un largo salón con filas de bancos a los costados. La luz cenital, muy tamizada, y aun la ligera bruma del ambiente, reforzaban la impresión de sala de espera a altas horas de la noche. Los bancos estaban ocupados por las personas que entraban y se sentaban a esperar, resignadas a un trámite ineludible, como si se tratara de un simple contratiempo inevitable al que se está acostumbrado. La mayoría ni siquiera se recostaba en el respaldo del banco; esperaban pacientes, rumiando aún alguna idea trivial. Otros se recostaban atrás y cerraban los ojos para matar el tiempo. Algunos se acodaban sobre las rodillas y ponían la cara entre las manos.

Nadie—y no salía de mi asombro—parecía estar enterado de lo que significaba aquella espera. Nadie hablaba. En el hall no se oía sino el paso de los visitantes y la voz de los guardianes cantando los números. Al oírlos, los dueños de los números se levantaban y salían por la puerta de entrada. Pero no todos, porque en el otro extremo del salón había otra puerta también grandemente abierta, con un guardián que cantaba otros números.

Los dueños de estos números se levantaban con igual indiferencia que los otros, y se encaminaban a dicha puerta.

Algunos, sobre todo las personas que esperaban con los ojos cerrados o estaban con la cara entre las manos, se equivocaban en el primer momento de puerta, y se encaminaban a otra. Pero ante un nuevo canto del número—esta vez despreciable—veían su error y se dirigían con alguna prisa a su puerta, como quien ha sufrido un ligero error de oído. No siempre tampoco se cantaba el número; si la persona estaba cerca o miraba distraída en aquella dirección, el guardián la chistaba y le indicaba con el dedo.

¿La puerta del fondo era entonces?... Para mayor certidumbre me encaminé hasta dicha puerta y abordé al guardián.

—Perdón—le dije—¿Puede decirme

El
síncope
blanco
Horacio Quiroga

ILUSTRACIONES DE ÁLVAREZ.

qué significado concreto tiene esta puerta?

El guardián, al parecer bastante fastidiado de sus propias funciones para tomar sobre sí las del público, me miró como miraría un boleterero de estación al sujeto que le preguntara si el lugar donde estaba era la estación.

—Perdón. —le dije de nuevo— Yo tengo derecho a que los empleados me informen correctamente.

—Muy bien: —repuso el hombre, tocándose la gorra y plantándose. —¿Qué desea saber?

—Lo que significa esta puerta.

—En seguida; por aquí salen los que han muerto.

—¿Los que mueren?...

—No; los que han muerto en el síncope.

—¿En el Síncope Azul?

—Así parece.

No pregunté más y me asomé a la puerta: más allá no se veía nada; sólo se sentía una sensación desagradable de frescura.

Volví sobre mis pasos y me senté a mi vez. A mi lado, una joven rubia de traje oscuro esperaba con los ojos cerrados y la cabeza recostada en el respaldo del banco. La miré un instante, y me acodé con la cara entre las manos.

Perfectamente. Yo sabía que de un momento a otro los guardianes podían cantar mi número; pero por encima de esto yo acababa de mirar a la jovencita de falda corta y medias caladas, que en una remota sala del mundo acababa de caer en síncope como yo. Y nunca, en los breves días de mi vida anterior, había visto una belleza mayor que la de aquel pálido y distraído encanto en el dintel de la muerte.

Levanté la cabeza y fijé los ojos en ella. Ella había abierto los ojos y miraba a uno y otro guardián, como extrañada de que no la llamaran de una vez. Cuando iba a cerrarlos de nuevo:

—¿Impaciente? —le dije.

Ella volvió a mí los ojos, me miró un breve momento y sonrió:

—Un poco.

Quiso adormecerse otra vez, pero yo le dije algo más. ¿Qué le dije? ¿Qué sed de belleza y adoración había en mi alma, cuando en aquellas circunstancias hallaba modo de henchirla de aquel amor terrenal?

No lo sé; pero sé que durante tres cuartos de hora —si es posible contar con el tiempo fantasma de nuestros propios fantasmas— su voz y la mía, sus ojos y los míos hablaron sin cesar.

Y sin poder cambiar una sola promesa, porque ni ella ni yo sabíamos más nuestros nombres, ni en qué lugar de la tierra habíamos caminado un día con firmes pies.

¿La volvería a ver? ¿Era nuestro viejo mundo bastante grande para ocultar a mis ojos aquella bien amada criatura, que me entregaba su corazón paralizado en el limbo del Síncope Azul? No, yo volvería a verla —porque no tenía la menor duda de que ella regresaba a la vida. Por esto cuando el guardián de entrada cantó su número, y ella se encaminó a la puerta saludándome con una sonrisa, la seguí con los ojos como a una prometida. ¿Pero qué pasa? ¿Por qué la detienen? Aparecen nuevos empleados en cabeza —jefes, seguramente— que observan el número de orden de la joven. Al fin le dejan el paso libre, con un ademán que no alcanzo a comprender. Y oigo algo así como:

—Otro error... Habrá que vigilar a los guardianes de abajo...

¿Qué error? ¿Y quiénes son los guardianes de abajo? Vuelvo a sentarme, indiferente al nocturno vaivén, cuando el guardián de la puerta interior grita: ¡24! —Mi vecino, un hombre de rostro energético y al parecer de negocios, se levanta indiferente como si fuera a su despacho como todos los días. Y en ese instante, al oír el 4 final recién cantado, siento por primera vez la probabilidad de que yo puedo ser llamado desde la otra puerta. ¿Es posible? Pero ella acaba de levantarse, y la veo aún echada atrás, con su vestido corto y sus medias caladas. Y antes de un segundo, menos quizá, puedo quedar separado de ella para siempre jamás, en el más infinito jamás que establece una puerta abierta, detrás de la cual no hay más que oscuridad y una sensación de fresco muy desagradable. ¿Desde dónde se va a cantar mi número? ¿A qué puerta debo volver los ojos? ¿Qué guardián aburrido de su oficio va a indicarme con la cabeza el rastro aún tibio del vestidito oscuro, o la Gran Sombra tiritante?

—De buena la hemos escapado!

—Ya vuelve el mozo... ¡Diablo de hígado

incomprensible que tienen estos neurópatas!

Yo volvía en mí, todo zumbante aún de cloroformo y náusea. Abrí los ojos y vi los fantasmas blancos que acaban de operarme.

Uno de ellos me palmeó el hombro, diciendo: —Otra vez trate de tener menos apuro en pasarse de largo, amigo. En fin, dese por muy contento.

Pero yo no lo oía más porque había vuelto a caer en sopor. Cuando torné a despertar, me hallé ya en la cama.

¿En la cama? ¿En el sanatorio? ¿En el mundo, no es esto? Mas la luz, el olor a formol, los ruidos metálicos —la vida tal cual— me dañaban los ojos y el alma. Lejos, quién sabe a qué remota eternidad de tiempo y espacio, estaba el salón de espera y la jovencita a mi lado que miraba a uno y otro guardián. Eso sólo había sido, era y sería mi vida en adelante. ¿Dónde hallarla, a ella?

¿Cómo buscarla entre el millar de sanatorios del mundo que en un momento dado están incubando tras la careta asfixiante el síncope del cloroformo?

¡La hora! Sólo ese dato preciso tenía, y debía comenzar en seguida, en el sanatorio mismo. ¿Quién sabe?...

Hice llamar a un médico, a mi médico de confianza que había asistido a la operación.

—Oigame, Fitzsimmons —murmuré— Tengo un interés muy grande en saber si, al mismo tiempo que a mí, se ha operado a otras personas en este sanatorio.

—¿Aquí? ¿Le interesa mucho saber esto?

—Muchísimo. A la misma hora... o un momento antes, si acaso.

—Pero sí, me parece que sí... ¿Quiere saberlo con seguridad?

—Hágame el favor...

Al quedar solo cerré de nuevo los ojos,

porque lo que yo veía de mi vida misma era muy distinto de los crudos reflejos de la cama laqué y de la mesa giratoria, también laqué.

—Puedo satisfacerlo —me dijo Fitzsimmons. —Se ha operado al mismo tiempo que a usted a tres personas: dos hombres y una mujer. Los hombres...

—No, Fitzsimmons; la mujer me interesa ¿Usted la ha visto?

—Perfectamente. Pero —se detuvo mirándome a los ojos— ¿qué diablo de pesadilla sigue usted rumiando con el cloroformo?

—No es pesadilla... Después le explicaré. Oigame: ¿la ha visto bien cuando estaba vestida? ¿Puede describirmela con detalles?

Fitzsimmons la había visto bien, y no tuve la menor duda. Era ella. ¡Ella! A despecho de la vida y la muerte y la inmensidad de los mundos, la jovencita rubia estaba a mi lado, viva, tangible, como en un pasado remoto, infinitamente anterior a lo actual —en la luz tamizada de una sala de espera ultraterrestre...

El médico vió el cambio de mi expresión y se mordió los labios, mirándome fijamente.

—¿Usted la conocía?

—Sí Es decir... ¿Sigue bien?

Titubeé un instante. Luego:

—No sé si esa joven es la que usted cree. Pero la enferma que han operado... ha muerto.

—¡Muerta!

—Sí... Al fin y al cabo usted tiene la culpa si hablamos de esto, en su estado. Hoy han tenido poca suerte en el sanatorio. Usted, que casi se nos va, y esa chica, con un síncope...

—Azul —murmuré aterrado.

—No, blanco.

—¿Blanco? —me volví estupefacto. —No, azul. ¡Estoy seguro...! —concluí.

Pero mi médico persistía:

—No sé de dónde saca usted ahora sus diagnósticos... Síncope blanco, le digo, de lo más fulminante que se pueda pedir. Y sóséguese, compañero; deje sus sueños de cloroformo que a nada le conducirán.

Quedé otra vez solo. ¡Síncope blanco! Súbitamente se hizo la luz: Volví a ver a los jefes en la sala de espera, revisando el número de la joven, y aprecié ahora en su total alcance, las palabras que en aquel momento no había comprendido: *Ha habido un error...*

El error consistía en que la jovencita había muerto en la mesa de operaciones, del síncope blanco; que había entrado muerta en la sala de espera por error de algún guardián; y que yo había estado haciendo el amor, cuarenta minutos, a una joven muerta, que por error me sonreía y cruzaba aún los pies.

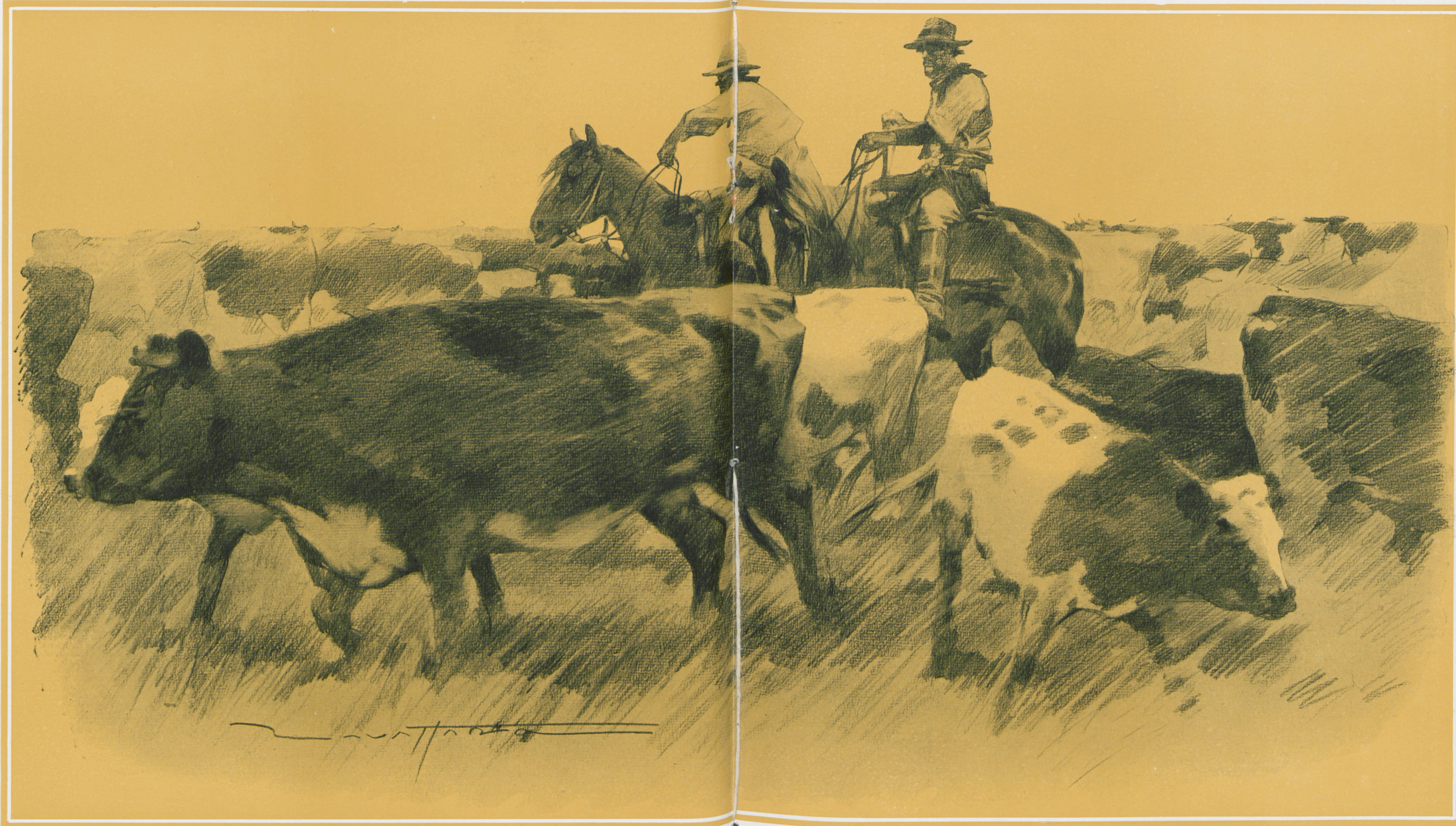
En el curso de mi vida yo he recorrido sin duda las mismas calles que ella, tal vez con minutos de diferencia; hemos vivido posiblemente en la misma cuadra, y quizá en distintos pisos de la misma casa. Y nunca, nunca nos hemos encontrado. Y lo que nos negó la vida, tan fácil, nos lo concede al fin una estación ultraterrestre, donde por un error he volcado todo el amor de mi vida oscilante, ante el espectro en medias transparentes —de un cadáver.

Es o no cierto lo que me dice el médico; pero al cerrar los ojos la veo siempre, sonriéndome al incorporarse, dispuesta a esperarme. Al salir de la sala ha tomado a la derecha, para entrar en el Síncope Blanco. Jamás volverá a salir. Pero no importa; allí me espera, estoy seguro.

Bien. Mas yo mismo; este cuarto de sanatorio, estos duros ángulos y esta cama laqué, ¿son cosa real? ¿He vuelto en realidad a la vida, o mi despertar y la conversación con mi médico de blanco no son sino nuevas formas de sueño sincopal? ¿No es posible un nuevo error a mi respecto, consecutivo al que ha desviado hacia la derecha a mi Novia-Muerta? ¿No estoy muerto yo mismo desde hace un buen rato, esperando en el Síncope Azul el control que de nuevo efectúan los jefes con mi número?

Ella salió y entró serena, calmada ya su impaciencia, en el edificio blanco, ante el cual toda ilusión humana debe retroceder. Nunca más será ella vista por nadie en la Tierra.

¿Pero yo? Es real esta cama laqué, o sueño con ella definitivamente instalado en el más allá, donde por fin los jefes me abren paso irritados ante el nuevo error, señalándome el síncope blanco, donde yo debía estar hace ya un largo cuarto de hora...



PARLANDO



ESDE los últimos rincones del campo — algún tiempo silencioso — llega el vago rumor de la faena. En la lejanía — haciendo pantalla con la mano — se divisan puntos móviles, que retroceden o avanzan; describen curvas extensas o breves; aparecen o se ocultan detrás de matorrales o lomas, para surgir de nuevo, como en un trájín de fantasía, bajo el límpido cielo, sobre el tapiz verde-vivo de la infinita llanura, que, a esa hora, tiene transparencias de *aquarella*. Poco después, los rumores se acentúan. Gritos lejanos, que el viento esparce y el eco multiplica; galopar de caballos levan-

tando nubecillas de polvo, que llena el sol de la mañana de aureolas y reflejos; mugidos quejumbrosos, de extraña sonoridad, que vibran acompasados, evocando el recuerdo de letanías melancólicas...

Pronto las imágenes diseñan sus contornos en el lienzo pastoril. Manchas policromas se distinguen claramente. Piezas rojas, blancas, amarillas y negras forman cuadros, triángulos y círculos, que se dilatan de repente en líneas quebradas; se juntan en grupos compactos o se dispersan como pequeños escuadrones en derrota.

Es que los gauchos arrear la hacienda diseminada en la planicie, en las faldas de los cerros, en las abras mullidas de los bosques silvestres o a la orilla de los anchos *esterales*, donde el agua estancada en los albardones hace brotar la gramilla, a la sombra de los juncos o bajo el amplio quitasol del camalote. El *rodeo* las

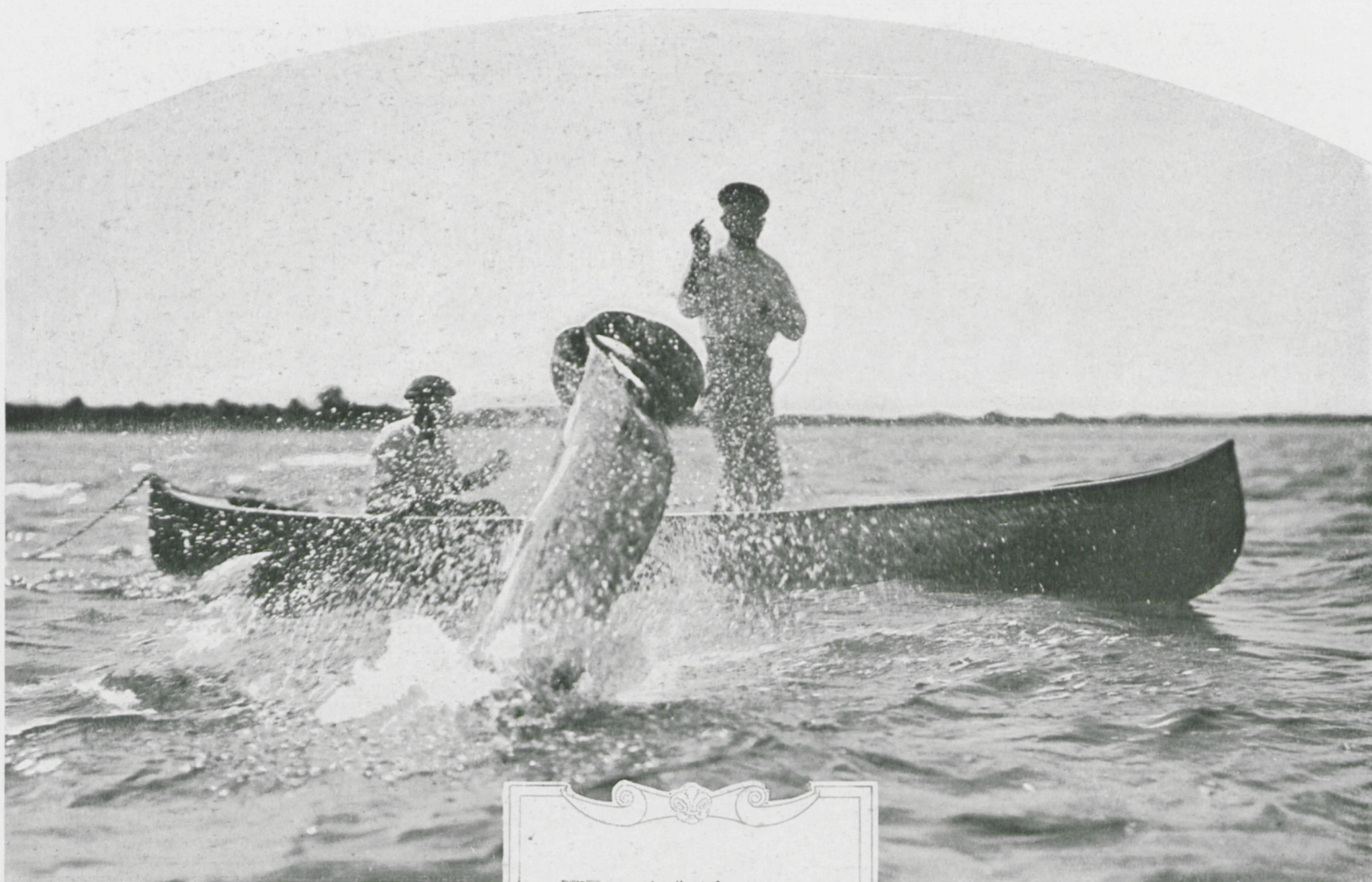
espera. Desde lejos, se ve el manchón blanco, de vastas proporciones, como isla estéril, circundada por un mar inconmensurable de verdura. A él convergen las sendas trazadas por la pezuña del rebaño, desde tiempo inmemorial, que no ablandan las lluvias torrenciales y apenas se atreven a bordear las matas invasoras.

Ya están los vacunos cerca del enorme círculo. Se muestran reacios, no obstante, a penetrar en él. Parece que aquella línea orlada por el pasto, fuera una trampa donde caerán, como en un precipicio, para no salir jamás del cerco, al parecer mortífero. Los músculos se estremecen bajo el imperio de los nervios en tensión, y, en un momento de pánico, una *punta* rompe la tangente, huyendo en precipitada fuga. Aumenta el coro de los mugidos, y la formidable tropa se dispone a seguir detrás de los fugitivos, en avasallador empuje. Pero allí están los

peones, los valientes centauros, clavados a los potros y a los tirantes estribos. Los caballos también se estremecen bajo el estímulo espasmódico de la carrera, y al sentir el punzazo de las *nazarenas*, se lanzan a la persecución, indóciles al freno, tragando las distancias, hasta adelantarse a las bestias fugitivas. Entonces retroceden, describiendo una curva cerrada, y las empujan a *pechazos*, con los *encuentros* sudorosos. Hácenles dar *vuelta cara*, mientras los silbidos y las frases, mezclados en infernal algarabía, conmueven la majestuosa serenidad del panorama y espantan a los *teru-teros* que se remontan en bandadas, uniendo sus ásperos gritos a los gritos estridentes del gauchaje.

S. M.

GOUACHE DE ZAVATTARO.



EL MOMENTO MÁS PELIGROSO DE LA PESCA.

No es lo mismo pescar mojarritas que tarpones. Y, sin embargo, hay quien pesca un tarpón con la misma serenidad que si se tratara de una mojarrita.

El tarpón llega a tener unos cuatro metros de largo y unos doscientos kilos de peso. La zoología le llama *arapaima gigas* y los indígenas *piracucú*. Es el mayor pez óseo de agua dulce y vive en los ríos del Brasil, Guayanas y Florida. Su carne, fresca o salada, tiene un delicioso sabor.

La pesca del tarpón constituye en la Florida un deporte difícil y emocionante. Los criaderos mejores están en el río Harney y entre Charlotte Harbor y Cabo Sable.

Para dedicarse a la pesca del enorme pez, se pre-

UNA
PESCA
EMOCIONANTE
El Tarpón

EL TARPÓN ACOMETE A SUS ENEMIGOS.

cisan: valor, un bote resistente de acero y una gruesa caña. Las fotografías que reproducimos dan idea de las dificultades y peligros que el pescador debe vencer.

En cuanto el tarpón se siente atrapado, comienza a defender su vida enérgica y desesperadamente. Por pequeño que sea el ejemplar, tiene fuerza terrible y sus recursos son muchos. Salta varios metros por encima de la superficie, remolca la embarcación a gran velocidad, y casi siempre trata de abordarla para morder a los tripulantes.

La lucha contra el tarpón es un espectáculo interesante. El hermoso pez, de un color gris, con múltiples reflejos metálicos azules y rojizos, parece volar



A VECES TOMA LA APARIENCIA DE UN ESPANTOSO DRAGÓN CHINESCO.

EL ÚLTIMO SALTO QUE EL PESCADOR APROVECHA PARA EMBARCAR EL TARPÓN.



UN SALTO PRODIGIOSO AL INICIARSE LA CAPTURA DEL PEZ.

AGUANTANDO LOS FUERTES TIRONES DE UN GRAN TARPÓN.

en el aire, retenido por el sedal, que se rompe a veces. Necesítase enorme fuerza y habilidad para sostener esa lucha con el *arapaima gigas*, que a veces toma amenazadoras actitudes de dragón chino. No es raro que logre volcar la canoa poniendo en peligro la vida de sus enemigos.

Un tarpón de regular tamaño necesita bastante tiempo para dejarse capturar. Se citan casos en los cuales el pez resistió más de una hora. En otras ocasiones el mismo tarpón ayuda

al pescador, ya que al saltar cae dentro del bote, donde se le da muerte a puñaladas.

Los pescadores que hacen de la pesca una industria, usan de otras artes menos peligrosas, sin excluir el empleo de la dinamita.

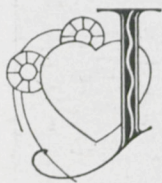
Pero los *sportsmen* de la Florida siguen cultivando la emocionante pesca, que produce más orgullo y satisfacción que beneficio práctico, con la paciencia y serenidad de los pescadores de mojarra y bagres.



LUCHANDO DESESPERADAMENTE POR ESCAPAR, COSA QUE LOGRA CON FRECUENCIA ROMPIENDO LOS SEDALES.

¿Recordarás?...

por
Roberto
F. Giusti



UEGAS alrededor mío, cabecita rubia, toda recogida en tu ilusión, animando y embelleciendo cuanto miras con tus ojos claros, cuanto tocas con tus manos frágiles, y mi corazón es como un vaso colmo. No debiera sentirme triste, y, sin embargo, mi ternura está a punto de fluir en lágrimas. Es que pienso en el mañana, pedacito de cielo, pequeña mía.

Así pueda serte compañero en la vida por largos años; pero, ¿y si hubiera de dejarte pronto? ¡Qué dolor si eso fuese antes que las alas te des-punten para el vuelo! Yo habría sido entonces para ti menos que una sombra, no más que una seca palabra: *mi padre*. Pues, ¿qué recordarás de estos tus años inocentes?

Es cosa dulce recordar la niñez, cuando, como la tuya, ha transcurrido entre sonrisas y mimos, ni sobresaltada por el ceño duro, el grito, la amenaza, ni aridecida por la indiferencia y el desamor. «Cuando yo era chico...» ¿Quién no ha empezado alguna narración, con orgullo, de esta manera? No trocaría el tesoro de mis recuerdos de infancia, todos áureos, por nada de este mundo. ¿Es que hay playa más luminosa y animada que aquella que me vió construir mis primeros castillos de arena, junto al mar más verde y sonoro y maravilloso entre cuantos besan playas humanas? Muchos años estuve lejos del mar.

Por fin un día, en Montevideo, pude bañarme de nuevo en el agua salobre, y no bien mojé mis labios y su olor vital me penetró, mil imágenes desvanecidas del pasado cobraron color y relieve en mi memoria, y en un segundo intensísimo reviví una edad.

Los años de la infancia son cual un sueño; pero tejido de imágenes, si imprecisas, inolvidables. ¿Por qué se habrá grabado tan fuertemente en mi conciencia el recuerdo de tanta hora fugaz sin aparente importancia? Me veo, una noche de verano, tendido de espaldas, en un huerto, debajo de una higuera, contemplando a través de las ramas un cielo de un profundo azul, hasta sufrir un raro vértigo y parecerme que estoy por caer en ese cielo. Por allí, entre los frutales, corre un perrazo lanudo, y, alguien, ¿quién?, me trae abierto, un higo negro, grande, de carne roja, dulcísima. ¡Cuánta emoción debió de henchir esa hora, para que así persista su recuerdo!

Y tú, hija mía, ¿qué fantasmas conservarás en tu mente de estos años que se deslizan felices bajo nuestro vigilante cariño?

Este hombre de blanca melena leonina, barbas grises y cabeza gacha como de quien va a embestir, que te mira desde ese cuadro, no fué tan malo como ha de parecerte. Si por ventura su fiera facha de ogro no se borrara de tu cabecita, sabe que era un poeta, un gran poeta, terrible para los malos y los tontos, pero no para los niños.

Has nacido entre libros, y su compañía austera o amable no te abandona. Quieran benignos los dioses mantener tu vida bajo este signo feliz, infundiéndote la severa curiosidad de la ciencia y el gusto por las cosas bellas y los nobles pensamientos. ¿Recordarás siempre la humilde biblioteca que te vió nacer?

Ya has tenido la revelación de la belleza. Un día saludaste alborozada, cantando, un rayo de sol; otro, la flor roja de la azalea; otro, yo no sé qué fantasma de tu mente, que pretendías aprisionar en el aire impalpable. ¿Recordarás algo de esto? He sorprendido tu júbilo el día en que el aparador, abierto imprudentemente ante ti por Mercedes, te mostró su escondido tesoro, frágil y reluciente, de lozas y cristales. ¡Lo que has forcejado luego para abrirlo con tus débiles manecitas, y hacer de tamaño tesoro botín de guerra,

y despedazarlo con vandálica y gloriosa alegría! ¿Lo recordarás?

Si olvidas a Mercedes, eres ingrata. Ella te ha enseñado las primeras picardías y las primeras coqueterías, a fruncir el hocico, a simular y desdén; ella te ha enseñado los rudimentos del arte de la danza. Yo no he olvidado a la vieja y fiel Angela, que alzó a mi padre en su regazo y de pequeño me llevaba de la mano al mercado: como si estuviera presenciándola, aun veo la escena de su extremaunción. ¿Pasarán también sobre tu corazoncito, sin dejar huellas, los mimos y caricias de la abuela y los tíos?

¿Qué más hay en la casa que tenga para ti un hondo significado? ¿Todo o nada? ¿La cunita?, ¿el tambor?, ¿el caballo?, ¿Billiken? ¿Ese libro rojo que te fascina y debo arrancarte cien veces de la manos? ¡Oh, qué pobre casa sin carácter ni poesía he podido ofrecerte! ¿Qué han de decir al espíritu estas vulgares casas de alquiler, en las cuales habitamos un día como nómades, de las que nos deshacemos con indiferencia como de un par de zapatos? Es odioso esto de que no podamos cimentar

el verdadero hogar y vivamos en nuestras casas, de paso, al azar, como en piezas de hotel. Acaso nunca sepas dónde naciste, y si algún día, cuando seas mujer, pasas por esta calle, por esta puerta, — ignorando el sagrado misterio que se ofició tras ella una dulce mañana de diciembre: ¡tu nacimiento! — seguirás sin detenerte, sin que el corazón te palpite, sin volver la cabeza.

Pero algo habrá, lo espero, que llesves siempre contigo, dondequiera que vayas: la memoria de los tuyos. No sé cómo ves a tu madrecita, aunque me figuro que debe ser como a un ángel. Ella ha sacado milagrosamente del pozo del olvido, para ti, las canciones con que la acunaron, y esa voz con que te ha mecido, estrechándote a su seno, no es posible que se desvanezca y pierda en tus oídos. Algún día, tú también desenterrarás esas canciones para tus hijos.

Y, dime, pequeña: a tu padre, ¿cómo lo ves? ¿Puedo esperar que cuando duerma olvidado allá en la hospitalaria ciudad de los muertos, que a nadie niega una vara de tierra, digas: — Era muy bueno?





JARDIN DE ARAÑUEZ
OLEO DE

SANTIAGO
RUSINOL

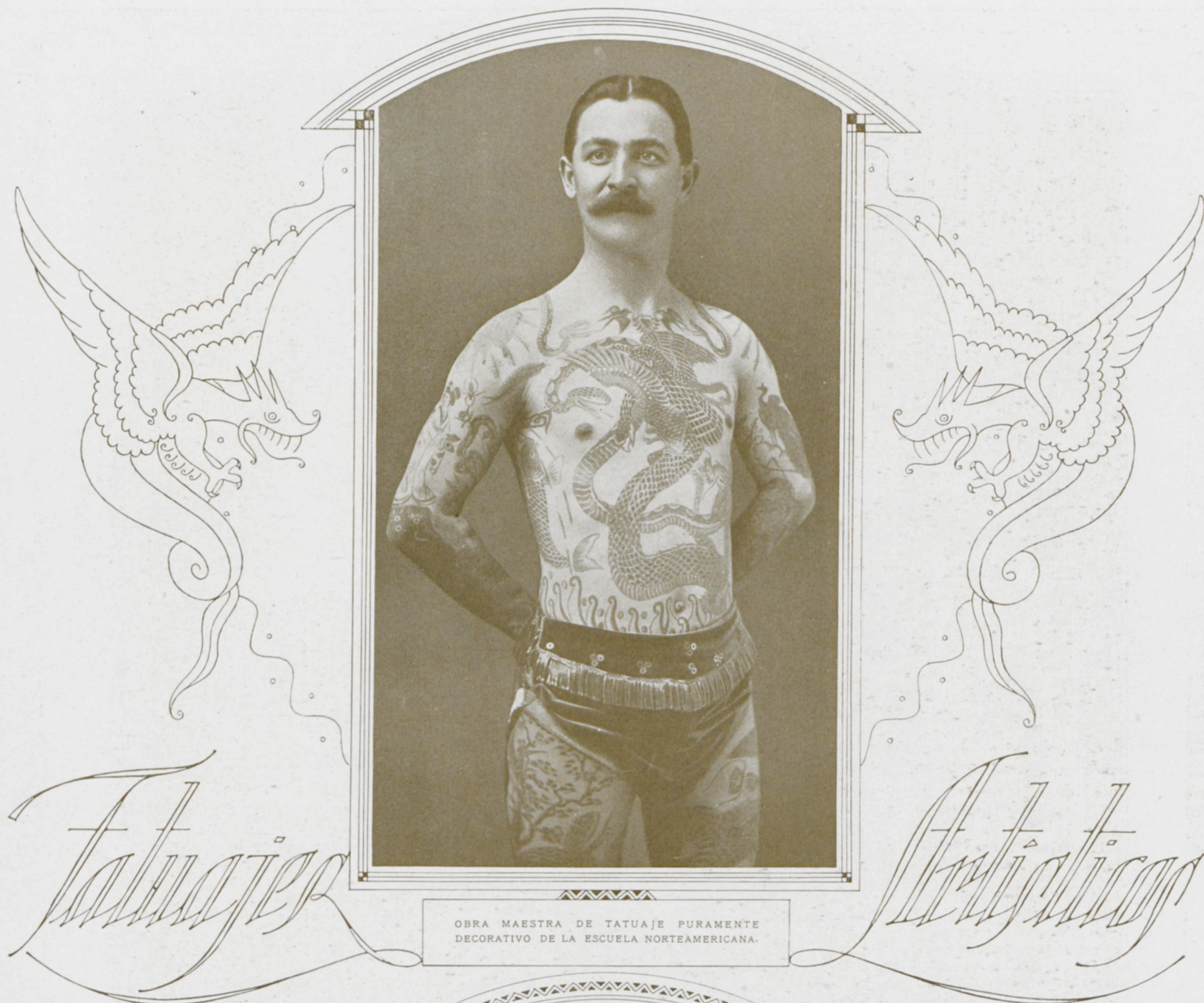
PROPIEDAD
DEL DR.
SALVADOR FORNIELES





El Albaicín de Granada

Un laberinto de callejuelas empinadas y tortuosas; un nidal de casitas sencillas y ruinosos caserones; una mezcolanza de oscuros tejados y verdeantes huertos; un barrio digno de la Alhambra y del Generalife. Nunca la humildad tuvo tanto arte; nunca la pobreza encerró tantos tesoros. Allí viven tres razas unidas vencedoras del odio, tres razas descendientes de castellanos conquistadores, de perseguidos moriscos y de parias gitanos. En los ojos de esas mujeres gallardamente arrebujadas en sus mantones hay resplandores hindúes, berberiscos y godos. El Albaicín es el barrio clásico de los motines, el Aventino morisco de la plebe granadina, y una de las cuatro molduras que forman el marco que da luz y realce a la encantada y encantadora Alhambra.



Nada nuevo inventa la moda; cual monstruosa rueda, hoy hace resurgir y eleva aquello que antes hundiera en el olvido; sus absurdos mandatos no se discuten y son acatados tanto por el salvaje cuanto por el hombre civilizado.

Nuestros antepasados, careciendo de vestidos, se decoraban la piel y cogaban del apéndice nasal descomunales zarcillos, a fin de embellecerse.

Una conocidísima bailarina parisiense intentó renovar la sucia e incómoda moda del anillo nasal, sin resultado, por fortuna.

La moda no prohibió el descabellado intento, pero, por desgracia, el *snobismo* sajón ha resucitado una peor locura.

Los salvajes auténticos y los falsificados apaches de Montmatre y Melimontants imponen sus gustos a los plutócratas de la Quinta Avenida y a los aristócratas de Piccadilly, quienes, prendados de la delicada manera con que aquéllos adornan su piel, han dado también en la moda del tatuaje.

Los pueblos primitivos, sin excepción, practicaron el tatuaje; en ellos se ex-



ENTRE LOS JOVENES PLUTÓCRATAS DE LA QUINTA AVENIDA LOS

plica tal aberración; el tatuaje les servía de vistoso adorno; por medio de aquellos dibujos indelebles identificaban a los individuos; era la piel adornada especie de divisa o uniforme que indicaba la tribu a que pertenecían; al propio tiempo en ella anotaban *ad vita*, las proezas y hazañas más culminantes del sujeto, de tal suerte, que al morir un gran jefe podía decirse que con él desaparecía un documento histórico.

El tatuaje de los salvajes, debido a la tosquedad de los instrumentos que usaban, era bastante profundo y producía grandes cicatrices, y ello endurecía la piel, ya que todo tejido cicatricial es retráctil.

La civilización relegó al olvido tan bárbaras prácticas, conservándose, como sedimento de pasados tiempos, en los bajos fondos de la sociedad. Lombroso y muchos criminalistas han hecho sobre el particular curiosos estudios y observaciones.

Los marinos y soldados de todas las naciones, al contacto con pueblos semisalvajes donde tales modas aun imperan, por aquel

TATUAJES RELIGIOSOS GOZAN DE GRAN PREDICAMENTO.



TATUAJE ESTILO INGLÉS, LUCIDO PÚBLICAMENTE POR UNA BARONESA DEL EXTINGUIDO IMPERIO AUSTRIACO.



ESPÉCIMEN NOTABLE DEL ARTE INGLÉS, EN EL QUE SE ADVIERTEN INFLUENCIAS JAPONESAS.

espíritu de imitación, innato en el hombre, también han sido en toda época muy afectos al tatuaje.

La revolución francesa, al trastornar los fundamentos de la sociedad, puso a flote, entre otras, esta escoria, residuo de salvajismo que yacía sepultada; y los desheredados, los soldados de la reivindicación, gustaban inscribir con indelebles caracteres, sobre sus tostadas pieles salvajes, alegorías y truculentas leyendas que armonizaban bien con las airadas notas del *Ça ira* y de la *Marsellesa*.

Pasó la ola revolucionaria; cambiaron de posición y de opinión los hombres; mas de su piel sólo la muerte pudo borrar la prueba de su inconsecuencia.

Bernadotte, el fundador de la dinastía reinante en Suecia, fué una de las víctimas de la persistencia del tatuaje.

Exaltado republicano y simple soldado, en los primeros años de la revolución siguió la moda imperante.

Soldado de fortuna con el imperio, Napoleón le regaló un trono, y desde entonces cuidó bien de que nadie viera su cuerpo.

Enfermo de cierta gravedad, le prescribieron unas sangrías y revulsivos; el real enfermo se resistía tenazmente a tal medicación.

Atribuyóse el acto a cobardía, y así lo expresó el médico, añadiendo que le chocaba sobremanera cómo un veterano, acostumbrado a jugarse la vida en las batallas, temblaba ante tan sencilla operación. Entonces Bernadotte hizo jurar al médico que no revelaría a nadie lo que iba a ver, y previa la promesa, descubrió su brazo. En él campeaba una guillotina, coronada por un gorro frigio, con el lema: ¡Mueran los reyes!

Esta persistencia del tatuaje es tal vez su mayor enemigo y el único valladar que se oponga a la moda que se inicia avasalladora.

Debido al medio ambiente, al cual ha sido elevado, el arte del tatuaje alcanza en poco tiempo



LOS DEPORTISTAS GUSTAN FIJAR EN SU EPIDERMIS EMBLEMAS DE LOS PREDILECTOS EJERCICIOS.

singular perfección. Existen ya varias escuelas, aparte los primitivos y bárbaros, que difieren entre sí por sus caracteres bien definidos: tales la *Japonesa*, *Inglesa* y *Americana*, superando esta última a sus dos rivales por la riqueza y variedad de los colores, el gusto en la ornamentación y la gran extensión y desarrollo de sus composiciones, que en muchos casos cubren completamente la epidermis a modo de ceñido traje, respetando tan sólo los pies, manos y cabeza.

La técnica del tatuaje ha sufrido un cambio paralelo; ya no es una operación dolorosa a la que hay que sujetarse.

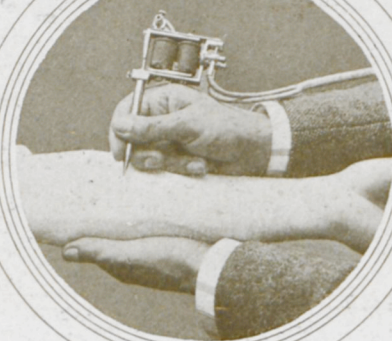
El tatuador dibuja como antes en el papel su composición; decalca luego ésta sobre la epidermis, y, con un aparato eléctrico, especie de pluma estilográfica que se mueve automáticamente y sólo penetra lo preciso para incrustar las tintas, sigue las líneas del dibujo con rapidez extraordinaria. Los maestros en el arte gozan de gran predicamento y son muy bien remunerados. Alfredo South es uno de los más notables especialistas de Londres; cuenta en su haber profesional con más de quince mil tatuajes ejecutados entre la aristocracia de la Gran Bretaña.

El amor, la coquetería, la vanidad y hasta el misticismo le sirven de tema a los tatuadores.

Los deportistas gustan fijar en su epidermis proezas y emblemas de su ejercicio predilecto; autos, caballos, barcos, aviones, juegan papel importante en las bellas composiciones con que decoran su piel.

Una de las cualidades que más se tienen en cuenta en los operadores, es la discreción, porque aun son muchos los que desean tener en secreto su debilidad, sobre todo entre el sexo bello, cuyo exaltado sentimentalismo las mueve a inscribir en aras del amor, sobre su pecho, el retrato y hasta el nombre del amado, sin pensar en que el amor se desvanece y el tatuaje es indeleble.

E. ALVAREZ D.



NUEVO APARATO. EL ESTILO-TATUADOR ELÉCTRICO ABREVIADA LA OPERACIÓN Y LA HACE INDOLORA.



La fuente

Aun después de terminarse la fiesta, sigue luciendo la fuente sus penachos de gala.

Durante el día y la primera noche, el agua rioplatense, traída del estuario amarillento bajo el suelo de la metrópoli, ha brotado enérgica y purificada, se ha convertido en plumeros blanquísimos como alas de cisne.

Siempre el gentío adora el milagro de las aguas que ascienden. Los niños y los hombres contemplan alegremente el surtidor que vuela y canta a merced del viento. Por eso la fuente estuvo rodeada de seres admirados, sorprendidos al ver brotar el agua por la boca de los tritones, tortugas, saurios y entre los grupos de amercillos.

En toda la ciudad ha sido bulliciosa la alegría do-



Y SOBRE LA FUENTE ONDEAN LOS

PLUMEROS DEL AGUA ENGALANADA.

del Congreso

minguera o festejante del pueblo; en toda la ciudad, excepto alrededor de la fuente, porque allí el júbilo tiene algo de religioso.

El agua volaba, saltaba a la luz del sol, que a veces ponía en sus gotas los colores del iris. Al murmullo de la fuente respondía el murmullo del pueblo.

Celebrábase, además del aniversario o del jolgorio, una ceremonia en honor de la vida cristalina que el agua trae para aplacar la sed de todas las criaturas y cosas. Era un culto ingenuo a la necesidad y a la belleza. Nadie pasó por la plaza del Congreso sin visitar la fuente engalanada.

Y cuando el cansancio sonó su retreta, la fuente aun lucía sus plumeros de agua voladora y cantarina blanquísimos, tenaces y alegres.



LA PÁTINA DEL TIEMPO VIGORIZA EL VETUSTO ARTE DE LA LEGENDARIA Y HERMOSA ESTRASBURGO



Al terminar la cena, como era ya tarde— en los pueblos de provincia siempre es tarde a las diez— mi amigo y cicerone Octavio Pueblas dijo, consultando su enorme reloj de plata oxidada:

— Ir al biógrafo a estas horas, mi señor corresponsal, es como llegar a un banquete a la hora de los inevitables discursos; además, usted allá en la capital habrá, como buen porteño curioso, agotado su interés por los tiros y los besos que se suceden sin interrupción en las películas de corte yanqui...

— ¡Oh!, no crea usted, querido Octavio, que ese rosario de balazos y de besos ya me seduce mucho; pero... ¿cuál es el hombre chic y la señorita archimoderna que no se ven obligados a estar al corriente de todo lo que esa república de la fotografía animada produce o deja de producir?

— Yo creo que por ese camino se llegará a la más espantosa de las monomanías: la monomanía de la mímica genial ante el espejo, en la calle, en los salones, en el hogar, en todas partes... ¡Oh la tiranía de la pose! Bueno, queda el biógrafo pueblerino con todas sus viejas actualidades, fuera de programa.

— La noche es cálida, se me antoja que en la plaza podríamos, cómodamente, desde cualquier banco, contemplar el pintoresco desfile de las más lindas y elegantes muchachas; así tuviéramos que prescindir de la música clásica, que aquí se hace con tendencias a un futurismo no siempre halagador...

— ¡Si el zapatero que toca el trombón le oyerá!... No iremos tampoco a la plaza; los faroles se apagan a esta hora, y nosotros pareceríamos dos almas en pena y los perros errantes nos harían el honor de sus diabólicos y siniestros aullidos... Conozco una familia muy patricia, muy extravagante; esta familia de empolvados escudos heráldicos, tendría a grande honra poner a usted al tanto de las cosas estrafalarias del pueblo, que todo viajero curioso debe conocer y que yo tengo interés en que usted conozca. Iremos a «la casa de las lechuzas». Este mote parecerá el título abracadabrante de un cuento de brujas, ¿no?

— Se equivoca usted. «La casa de las lechuzas» me sugiere una sala espaciosa, con cuatro grandes ventanales que dan a la calle; veo media docena de sofás forrados en cuero oscuro, que se arriman los unos a los otros como temerosos de que alguien, al sentarse en ellos, los dé por tierra; veo también a todo foro el retrato de un héroe de descomunales mostachos, cuyos ojos pequeños miran al techo como profetizando el cercano fiat lux de las vigas y las tejas; después, sin saber de dónde ni cómo, surgen ante mi vista y la suya tres señoritas largas, muy pálidas y muy ojeras, y a un tiempo mismo las tres me tienden la mano, me inclino

reverentemente, elásticamente, como un señor de mimbre, y mientras estrecho una, dos y hasta tres manos frías, blancas y huesosas, cigo:

— Tanto gusto, Dionisia, Fortunata, Pascasia.

Levanto los ojos de nuevo hasta la cúspide de las adorables criaturas y... descubro tres narices, tres hermosísimas narices que, parodiando al poeta, se podría decir: que como tres picos de marfil antiguo, se yerguen majestuosamente hacia el vacío.

— Tome asiento, caballero — dicen las tres a un tiempo.

— Muchas gracias, y me dispongo a complacerlas. Usted, señor Octavio, que es como de la casa, permanece de pie y dice cualquier tontería, que las lechuzas celebran con tres chirridos de satisfacción inmensa.

— ¡Qué calor horroroso que hace; parece que va a llover! — exclaman tres bocas a la vez y en diferentes tonos.

— Sí, parece que vamos a tener agua.

— ¿El señor es nuevo del pueblo? — preguntan después de una pausa.

— Por desgracia.

— ¿Por desgracia? ¡Oh! ¿por fortuna, querrá decir, señor?

— Como ustedes quieran...

— ¡Eso no! — y como un eco las tres señoritas largas, muy pálidas y muy ojeras, repiten: ¡Eso no!...

— Yo decía «por desgracia», porque cuando uno llega por primera vez a un pueblo, se le ocurren dos ideas diametralmente opuestas. Primero se piensa en una aventura galante con una niña de bien, que declama versos de Bécquer, se cree tuberculosa y suspira. Después se da en pensar que, a vuelta de una esquina o al cruzar algún terreno baldío, un gigantón pelirrojo le cerrará el paso, y, sin pedir ni dar explicaciones, nos rebanará la cabeza de una elegantísima cuchillada.

— ¡Jesús, qué atrocidad! ¿En eso pensó usted al descender del tren?

— En eso y en algo peor...

— ¿Como ser? — preguntan con mucho interés Pascasia, Dionisia y Fortunata, a un mismo tiempo.

— Que me enamoraré de veras de alguna...

— Lechuza, ¿no es eso?

— Perfectamente.

— En lo peor estamos con usted. En este pueblucho — continúan las tres desencantadas hilanderas — apenas hay tres o cuatro niñas de honradez, de lustre y de belleza incomparables, que pueden soñar con ser un día las heroínas de la romántica aventura de su viajero... Las otras, ¿para qué hablar de las otras? Este — y perdónele usted, señor, la dureza de nuestro lenguaje — es un pueblucho de lechuzas y de lechuzones, que todo lo observan, lo espían, lo denigran y lo olfatean; las mujeres son terribles en su papel de beatas, los hombres inaguantables en su pedantería y su grosera fran-

queza; esta franqueza va siempre del brazo del señor Chisme...

— ¿Es decir que uno huye, aquí, de las brasas para ir a caer en el fuego?

— Exactamente. Nadie conoce mejor que nosotras la psicología del pueblo. ¡Ah si la conocemos!... Del mismo modo que esta vieja casa no tiene secretos ni rincones misteriosos para nosotras, así pasa con el pueblo. No se tira una bomba, no se quema un cohete, no llega un desconocido, no se va un conocido, todo lo sabemos, nada ignoramos. ¿Y cree usted, señor, que para ello necesitamos meter las narices en esta casa y en aquella? No, heredamos la intuición maravillosa de aquel héroe que usted ve allí, nuestro padre, que todo lo veía con los ojos de su tremenda sabiduría. Nuestra madre nos legó el tesoro divino de la conjetura... ¡Nadie como ella para la conjetura genial!... Ya ve usted, señor. Y con todos esos conocimientos, con tal bagaje de riquezas espirituales, vivimos una vida silenciosa y sin mundanas aspiraciones... Por eso los desvergonzados y las veletas han dado en llamar a nuestra noble y vetusta casa «la casa de las lechuzas».

— La maledicencia es un monstruo viscoso y mal oliente que se nutre de hostias pascuales y flores de eucaristía...

— Con todo, a «la casa de las lechuzas» van los periodistas de nota, los poetas de alto ingenio, los escritores eruditos, los políticos de empuje, los militares de deslumbrantes galones, los sacerdotes más metafísicos y elocuentes, verdaderos reyes de la industria, de la ciencia y de las artes se han sentado en estos sofás, nos han dicho cosas tiernas, graves o misteriosas, y se han marchado, luego de ofrecernos sus más caros afectos y sus respetos más caros...

— Ya lo creo. Las Tres Gracias siempre seguirán siendo el eje espiritual del mundo.

Y la Trinidad: Pascasia, Fortunata y Dionisia, entorna los ojos, dilata las narices, junta las manos y suspira:

— ¡Dios guarde a tan gentil y bizarro caballero de la pluma! ¡Dios guarde también al etéreo director de *El Trébol Florido*, don Octavio Pueblas, en cuya péndola los dioses han refundido el *non plus ultra* de las artes y las ciencias humanas!

— ¡Pero señor! — exclamó mi amigo Octavio con asombro — ¡quien conoce tan al dedillo «la casa de las lechuzas» y sus gentes, no puede pasar en este pueblo por extranjero recién llegado! Confíese usted que hace como mil quinientos años que conoce de pe a pa a esas tres señoritas.

— Sí que lo confieso.

— Entonces no hay para qué incomodarse del asiento...

— Creo que no. Y después de todo, en el mundo, mientras haya casas vetustas, sofás forrados de cuero oscuro y héroes de hermosos bigotazos, las Fortunatas, las Pascasias y las Dionisias seguirán revoloteando sobre los pueblos chicos, adolescentes y adultos, revoloteando y chirriando.



CAPA DE TERCIOPELO CON VOLANTES SOBREPUESTOS, BORDEADOS Y CUELLO DE ARMINO.



TRAJE DE SOIRÉE EN TERCIOPELO «CHIFFON NOIR» CON GRANDES ENCAJES CHANTILLY BLANCO.

PAGINAS

Modelos

Pronto llegará el invierno. Así lo anuncian los figurines que vienen del antiguo continente, como heraldos del frío y de la moda. Estos figurines son frutos estivales, concebidos y ejecutados con fantasía ardorosa exaltada por el calor. Como muchos poetas, los modistos se dedican a la añoranza. Por eso crean a contratiempo de las estaciones.

Los poemas que esos vates de la indumentaria femenina han escrito para los días invernales abundan en blondas, terciopelos,



EL DERNIER CRI: ELEGANTE SALIDA DE TEATRO, EN LA QUE SE COMBINARON PIEL Y PLUMAS. REAPARECE LA COLA.

FEMENINAS

de Paris

bordados, pieles. etc. *Mordorée*, *chiffons*, *hermine*, *lamée* son las consonantes en uso.

Tres modelos reproducen nuestros grabados, entre los cuales el más modernista y atrevido resulta esa combinación de piel y plumas de avestruz sobre una salida de teatro. El tapado de terciopelo y armiño dispuestos en anchos volantes a la manera de los antiguos *carriks* también es elegantísimo atrevimiento. En cambio, el vestido de *soirée* en terciopelo *chiffon noir* es sencillo y altamente distinguido.



FOTOGRAFIA de IRAN VAN RIEL



HOLANDES

ACUARELA
D
MANUEL
BENEDITO

Propiedad
DEL DOCTOR
CLARO C. DASSEN





IPERBIOTINA MALESCI

es la fuerza natural que equilibra el sistema nervioso, que ahuyenta las neurastenias y las neurosis, que tonifica y vigoriza todos los organos vitales, purificando la sangre al mismo tiempo.

En la composición de esta preparación, cuya fama se extiende hoy por el mundo entero, no entra ninguna materia de origen mineral y no puede, por consiguiente, ser jamás perjudicial para el estómago, como ocurre con los ioduros.

Además, es sumamente agradable al paladar, y sus efectos son rápidos y definitivos.

Iperbiotina Malesci, la aplicación práctica del famoso descubrimiento del Dr. Brocou Sequard, de París, o sea llevar al cuerpo humano, en forma altamente extractada, el vigor y la fuerza.

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci
Firenze (Italia).

Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

Unico Concesionario Importador en la República Argentina:

M. C. de MONACO

871, VIAMONTE, 871 — BUENOS AIRES



PHILIPS ARGA

Fabricantes
PHILIPS LTD. EINDHOVEN
(Holanda)

Unicos Agentes
VILH y MERZONI
Buenos Aires





 **Ibero-Amerikanisches
Institut**
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.6	5.0
2.2	6.3	4.5
2.5	7.1	4.0
2.8	8.0	3.6
		3.2